AÑO XXVII. — Nº 1335.

EL DIA

MONTEVIDEO, AGOSTO 17 DE 1958.

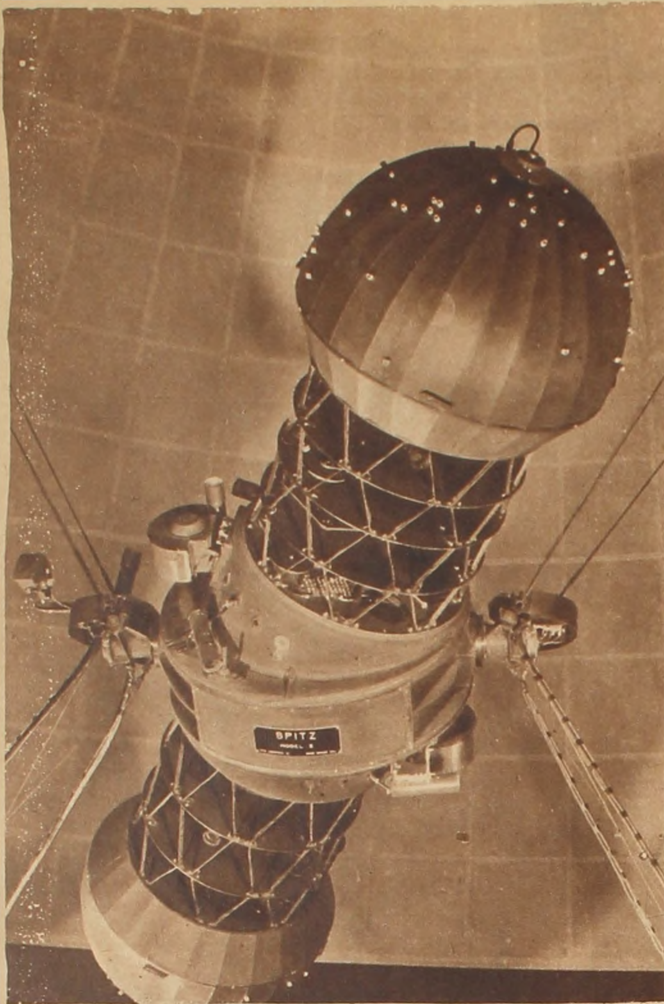
Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



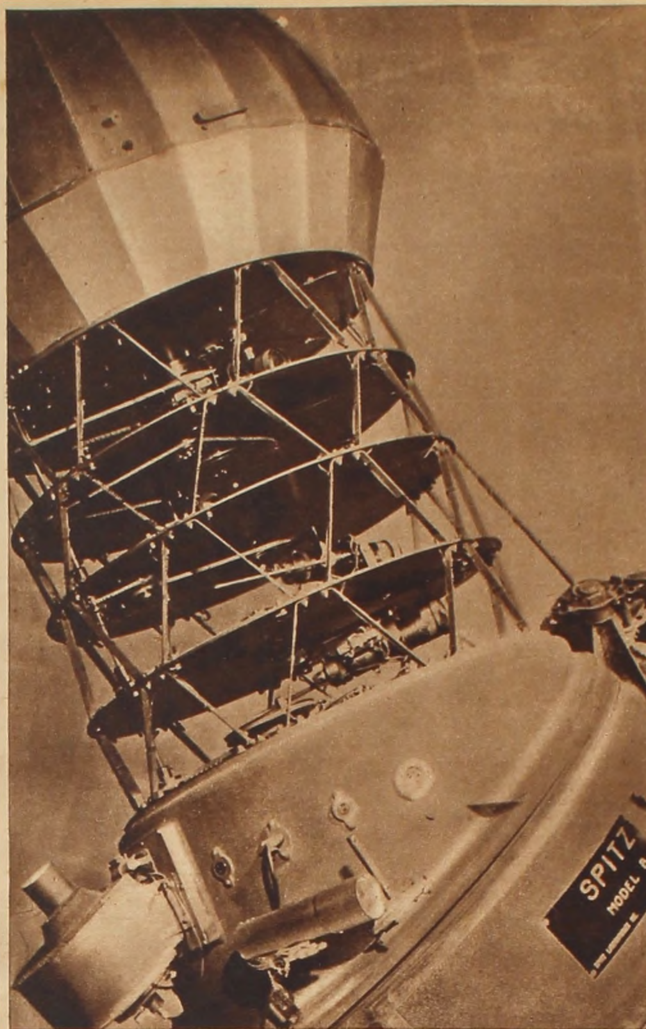
OCHENTA ANIVERSARIO DE UNA ESCUELA.

En Canelón Chico, del Departamento de Canelones, se ha festejado en estos días el 80º aniversario de la fecha de fundación de la que es hoy Escuela de 1er. Grado Nº 13, creada por José Pedro Varela, en uno de los momentos más decisivos de la historia de la enseñanza en la República. Reproduce el grabado un nutrido grupo de los escolares que celebraron el señalado acontecimiento.

(Fotografía Juan Caruso)



El instrumento planetario, que encierra en sus hemisferios la luz de todas las estrellas. Las cuatro secciones que quedan entre el hemisferio superior y el cuerpo central, encierran las luces de Júpiter, Marte, Venus y Mercurio, y las tres inferiores, las del Sol, la Luna y Saturno, respectivamente.



Detalle del instrumento planetario.

EN EL PLANETARIO MUNICIPAL

EL CIELO QUE HIZO EL HOMBRE

Antes de que tu tiempo con el viaje [se acabe
ven, toma la mentira de la noche [estrellada.

C. SABAT ERCASTY

MUSICA suave y media luz nos prometen una sesión de magia. Porque sin duda hay algo mágico, que hace volar la fantasía, en ese cinturón panorámico que, formando friso, rodea el recinto, ofreciéndonos la conocida silueta de Montevideo en un circuito cerrado de perfiles ciudadanos. En la pista circular del Planetario Municipal, cada espectador se siente dueño del espectáculo, en el centro del mismo, como si se le individualizara para la dádiva de astros que durante cuarenta y cinco minutos voltearán por encima de su cabeza, en una imaginaria trayectoria celeste brindada por hombres de ciencia, técnicos que son artistas y un ingeniero medio poeta.

Desde febrero de 1955 funciona este Planetario uruguayo, creado por iniciativa feliz de don Germán Barbato, cuando era Intendente de Montevideo. A partir de su inauguración, más de trescientas cincuenta mil personas han desfilado por la sala, atraídas por la novedad y por el interés de los programas, que la Dirección renueva periódicamente, con un claro criterio orientador y didáctico, que consigue poner al alcance del público conocimientos de cosmografía presentados con suma amenidad y fácilmente asimilables. Lo instructivo y lo grato se conjugan aquí, para poner al nivel común nociones complejas, acercando lo eterno hasta el hombre y haciéndole familiares las estrellas. Supremo regalo en verdad.

La revisión de los programas que distribuye el instituto, nos permite apreciar que desde sus inicios hasta hoy, se ha estructurado un amplio repertorio, que abarca asuntos de tanto atractivo como, entre otros, los viajes siderales, los cambios de la luna, el zodíaco, la astronomía antes del telescopio, la energía atómica en el universo, los movimientos de la tierra, la vida en otros mundos. No es necesario subrayar lo que significa la divulgación entre profanos de estos datos científicos, que generalmente se consideran como materia exclusiva de iniciados y la labor del organismo es en este sentido noble, generosa y útil, pues entrega a todos los que deseen aprovecharlos, elementos que amplían el bagaje cultural de nuestro pueblo.

Cada programa se exhibe durante un mes; cada cuatro meses se reponen, como un repaso, por el término de una semana cada uno, los cuatro temas ofrecidos anteriormente. Todos los años, en el mes de julio, el Planetario interrumpe sus sesiones públicas, para la imprescindible revisación de los instrumentos, reajustes y mejoras técnicas, con el fin de perfeccionar cada vez más el desarrollo de las funciones. Caben en la sala 328 espectadores, realizándose de seis a ocho sesiones diarias.

Sin duda, donde esta institución realiza una labor más eficaz, de gran rendimiento y responsabilidad, y acaso menos conocida de la masa de público que la frecuenta, es en el terreno de la docencia escolar y liceal. Queremos dar énfasis a este aspecto, que debe merecer todo reconocimiento y estímulo por parte de las autoridades respectivas, pues cumple una misión encomiable, como complemento de los programas de enseñanza, valioso auxiliar para profesores y alumnos. En cierto modo, el Planetario adecúa sus temas en función de aquellos, para que los estudiantes adquieran de manera accesible, los conceptos y datos de su aprendizaje astronómico que son a veces de difícil comprensión con el solo planteamiento teórico o abstracto. Cada año la Dirección envía a los directores de liceos y escuelas el plan completo, para que puedan coordinarse los temas de clase con los del Planetario. A los pequeños alumnos de Primaria de 1º, 2º y 3er. años, que no tienen aún cosmografía en sus planes de estudio, se les preparan clases elementales, que despiertan su curiosidad, presentándoles la asignatura en forma poética, a través de las referencias mitológicas vinculadas con las constelaciones. Se solicita de los maestros que después de cada sesión, propongan en clase un trabajo sobre lo que se ha visto, y envíen luego al Planetario los dos meiores y los dos peores, para auscultar de ese modo la captación lograda por los niños, y ajustar según los resultados el nivel de las exhibiciones. Se da a cada maestro un cuestionario, inquiriendo su opinión sobre el tema y su desarrollo, así como las reacciones de los alumnos ante el mismo, para conocer también el criterio del personal docente y colaborar mejor con él. Se prepara, además, para Primaria, un resumen de las sesiones, un vocabulario y una bibliografía. Un sentido pedagógico certero guía a la Dirección en su afán de ser instrumento de utilidad positiva en los planes de enseñanza. Es elocuente que la estadística de asistencias asigne a escuelas y liceos, privados y públicos, de la ciudad y del interior, alrededor de un tercio del total de la concurrencia.

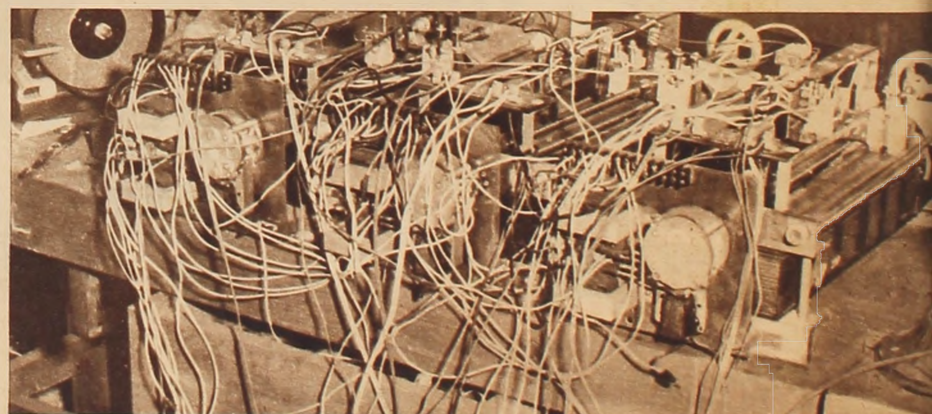
Hemos venido a la función anual de reapertura, que nos promete el regalo estético del crepúsculo vespertino y del crepúsculo matutino. En efecto, anochecerá y amanecerá ante nuestros ojos, girando la noche misma sobre nuestra frente, gracias a los perfeccionamientos introducidos en la instalación eléctrica. Se han mejorado las fuentes de poder que alimentan las lámparas estelares del instrumento, un Spitz que encierra en sus dos hemisferios, todos los astros. Visto de cerca, cada hemisferio muestra innumerables agujeros diminutos como alfilerazos, pero distribuídos con exactitud científica: podemos pasar la mano por las constelaciones. ¡Si fuera así de fácil! Lo bueno es que aquí lo parece. Las lámparas requieren tensiones elevadas, y si una queda fuera de servicio mientras se utiliza el aparato, la fuente de poder avisa produciendo un sordo tableteo. Desde una consola de comando, pródiga en cuadrantes, conmutadores y clavijas, se van a producir los crepúsculos y se van a mover las estrellas. La ficción la permiten una serie de mecanismos eléctricos, cables, reguladores, que mueve la inteligencia del hombre. Sobre la consola, un dispositivo ingenioso da la señal de alarma ante cualquier desperfecto técnico que sobrevenga durante la exhibición indicando el origen del mismo y permitiendo su inmediata solución.

*

Estamos en medio de nuestra ciudad, y va atardeciendo. Nuestra ciudad perfilada, recortada, identificables sus edificios, por detrás de cuyo horizonte las tonalidades del ocaso se amortiguan mientras se hacen presentes en lo alto los astros de más brillo.



Ante el espectáculo del cielo, los niños son también un espectáculo: en ambos hay un mundo para descubrir.



De este laberinto de cables y enchufes salen albas y ocasos.

Ahí resplandece Sirio, en un cielo todavía pálido y rosáceo. Pero comienzan a hacerse visibles los de intensidad menor, mientras cierra la noche. Más y más estrellas en el cielo cada vez más oscuro, nos deslumbran con su realismo, mientras desde abajo el espectador se siente sobrecogido, solo y aislado, empequeñecido bajo la bóveda sideral, olvidando dónde se halla y creyendo estar al aire libre, no en recinto cubierto. Causa vértigo esta competencia del hombre remedando a la naturaleza. Ha desaparecido el público y sólo señorea la cúpula nocturnal con sus huéspedes luminosos. Se nos agolpan retazos de poesías en la memoria y damos en recordar un poema de anónimo autor árabe, que relata el combate entre el Sultán Negro y el Sultán Blanco, entre la Noche y el Día, para alcanzar el premio de la Estrella florecida... Por ahora, según lo que estamos viendo, es el Sultán Negro el que despliega sus estandartes constelados. Nuestro pensamiento por un lado y la amenidad del disertante por otro, nos han llevado hasta el Polo Norte —¡y es tal el verismo que ni el frío nos falta! —. Pero regresamos a nuestra latitud, porque ya va a asomar el alba: "que la mañana llega, que sus señales aparecen y que el Día será el vencedor". Un efecto sonoro de grillos y de ranas acompaña el ocaso; y el canto del sabiá y el estridor del gallo rubrican la aurora. Es lindo todo esto. Y la ilusión, tan perfecta como la ilusión puede serlo. Tres cuartos de hora de irrealidad, que no queremos atribuir a engranajes, lámparas, conexiones, valen la pena.

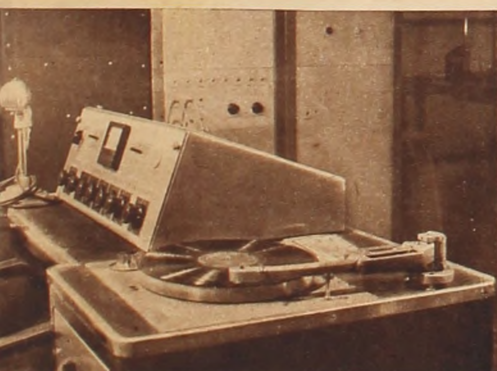
Las preguntas que eternamente plantearon los astros al espíritu humano, se plantean de nuevo en cada noche del mundo. Y parecieran resolverse mejor por la fantasía que por la ciencia. La razón, la técnica, el experimento, tienen empero la contundente elocuencia que no tiene ningún fantasma. No por eso los fantasmas dejan de ser ciertos. Bajo ese sideral refugio ficticio que nos da el Planetario, escogemos la fascinante respuesta alegórica, el misterio que sigue existiendo a pesar de todos los telescopios, la celeste maravilla sin edad que inquietó al primer habitante de la tierra. Todo lo que nos alucina nos enriquece, mientras que el excesivo empirismo nos recorta las alas. El Planetario es una caja de sorpresas, donde afables taumaturgos, pulsando botones y manipulando enchufes, nos regalan el cosmos, mueven sol y luna a su antojo, nos empujan desde nuestra butaca a los ardores ecuatoriales o los fríos árticos, nos enfrentan con un Escorpión inmunizado o con una dócil Osa Mayor, nos embarcan con Jasón o nos hacen amigos de Orión que se abotona el cinto con el lujo de las Tres Marías. Volvemos —¿bajamos?— a la realidad con un deslumbramiento de infinito que no se irá en mucho tiempo, gracias al personal ilustrado y talentoso del Planetario, que no nos defraudó acerca de la mágica emoción que presentíamos. "No es obra sólo mía: es labor de equipo", habíamos oído decir a alguien a nuestra espalda, antes de entrar. Nos gustó la modestia genuina, la sencillez del acento. Después supimos quién era; y en verdad nos hacemos violencia para no nombrarlo, por no quebrantar ese admirable sentimiento corporativo con que aquí se trabaja, y que pone igual entusiasmo en todos los colaboradores.

Les agradecemos el regalo del cielo estrellado.

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)

Primeras observaciones astronómicas con instrumentos. (Fragmento de una plancha de "Armonía Macrocósmica" de A. Cellarius, Amsterdam, 1660).



Desde esta consola de comando, se fabrican crepúsculos y se mueven estrellas.



Con la mirada en lo alto, el niño viaja hacia lo desconocido.

EUROPA VUELVE LOS OJOS HACIA AMERICA LATINA



Roger Caillois.

VOY por la calle de la Université, rumbo a la casa de Roger Caillois, el eminente y joven ensayista —en París tener cincuenta años es ser joven. Creo que esto no me cansaré de repetirlo, porque nosotros los latinoamericanos, en particular los rioplatenses, somos devoradores de una vida que no hemos aprendido a paladear; por ello nos sentimos concluídos, *viejos*, cuando en verdad recién ha llegado la madurez. Como buenos adolescentes, tales son nuestros países, somos impiadosos hasta con nosotros mismos. El amor para con el hombre, para con el ser humano, es, sin embargo y además, la mejor manera de conservar la propia juventud, puesto que el hombre es la medida de las cosas. Pero esto se comprende cuando hemos dejado de ser adolescentes, de amarnos en nosotros mismos para tener la posibilidad de amarnos en los demás.

Roger Caillois, decía, cuando comenzó esta variación (tocatta y fuga) sobre la juventud, con sus 46 años es uno de esos puentes de inteligencia con que Francia suele llegar a nuestro mundo. Ha estado y ha permanecido seis años entre nosotros. Y se piense lo que se piense de un adolescente apasionado, no se puede olvidar el tiempo que con él se ha convivido. Roger Caillois no intenta, siquiera, olvidar su paso por Latinoamérica. Todo ello, y esto se me ocurre, a mí, sin olvidar que para Stendhal "todo lo excesivo es insignificante". Esa "litota" que tanto aman los franceses, y que consiste en quedar muy por debajo de la intensidad real cuando se expresa un sentimiento; "litota" que desde los tiempos de Racine nadie ha usado con mayor maestría que Henry de Montherlant. Roger Caillois pertenece, desde luego, a la línea del autor de "La Ciudad cuyo Príncipe es un Niño". Pero este negarse en intensidad no quiere decir que permaneciera alejado de la realidad social que lo circundaba.

Julien Benda, el agudo pensador a menudo injustamente olvidado o postergado pese a la lucidez de sus planteos, dijo hace veinte años y al referirse a la crisis de la literatura intelectualizada: "Si la generación del presente se dedica a una literatura que, sin dejar de ser literaria y sin esclavizarse a un pasado muerto sin remisión, vuelva al intelectualismo; a una literatura que en particular rehuse el considerarse como un fin en sí misma, creada sólo para un cenáculo, y, por el contrario, se considere como un medio para ofrecer a un público no especializado ideas que atañen a los grandes problemas humanos, esta generación puede lograr un puesto considerable a los ojos del futuro historiador de la literatura. Es el puesto que ocupa, en la literatura latina, la generación de Tácito después del preciosismo de Ovidio y de Propercio, es el que ocupa entre nosotros la generación de Lafayette y Racine, al suceder a los confites del salón, a veces exquisitos, del Hotel de Rambouillet. ¿Querrá nuestra juventud ocupar ese lugar? Los dioses guardan el secreto", termina Julien Benda.

Roger Caillois, que en un momento dado pareció dispuesto a formar en las filas de los preciosos ridículos, supo en cambio enfrentar la realidad. En 1935 fundó el "Colegio de Sociología", en compañía de Georges Bataille, que hoy es considerado como el futuro sucesor de Jean Paul Sartre, si no en la ortodoxia de sus ideas existencialistas por lo menos en la extensión de su nombradía. Hasta 1939, ambos organizaron debates públicos sobre los temas candentes de la época: el leninismo, el hitlerismo y el fascismo; para llegar a la conclusión de que estos fenómenos colectivos sobrepasan al individuo y tienen sus leyes propias. El "Colegio de Sociología" consideró la mitología como una zona de contacto entre ciegas exigencias sociales y esas necesidades oscuras que florecen en el alma de los individuos, tal cual las ha descubierto el sicoanálisis.

Cuando estalla la segunda guerra mundial y para Francia termina pronto, Roger Caillois permanece en la Argentina, en los servicios de propaganda de su gobierno, y recorre toda América Latina dando conferencias en favor de su causa. Funda en Buenos Aires la revista "Lettres Françaises", que, en una edición antológica reproducida en Londres, arrojan los paracaidistas en la región ocupada de Francia. Claro que todo esto y en este mundo actual con los nervios a la intemperie de una piel arrancada a jirones; todo esto de esa guerra a menudo nos parece hoy remoto, en parte inútil y en verdad mítico, para decirlo en palabras caras a Roger Caillois y, también, a Albert Camus. Fue, asimismo, fundador del Instituto Francés de Estudios Superiores, en Buenos Aires, y en ella encontró tiempo —que esto de *encontrar tiempo*, casi de inventarlo, es muy francés— para escribir y publicar varias obras: "Patagonia", "La roca de Sísifo", "Las imposturas de la poesía", "La comunión de los fuertes", "Discurso sobre el espíritu de las sectas" y "Sociología de la novela". En esta última se limita a lo que es su preocupación constante: estudiar la novela únicamente desde el punto de vista sociológico, descartando toda consideración estética o moral.

Pero Caillois no sólo se detiene en el campo de la realidad, sino que intenta penetrar en el de la parasicología, en el mundo onírico, pues uno de sus libros más recientes se intitula: "La incertidumbre derivada de los sueños"; y en él afirma que los sueños no tienen significado alguno, vale decir, que aquí tampoco abandona su mundo de los mitos, de lo mítico.

Su afirmación despertó las más diversas reacciones, ya que a los escritores contemporáneos les encanta pasar por alucinados y líricos, así como los románticos del siglo pasado —al decir de Huguenin— les fascinaba, y hasta les parecía un puntillo de honor, el escupir sangre. Así fue como Lamartine, Victor Hugo y Chateaubriand, tuberculosos por vocación y morrudos por naturaleza sufrieron la vergonzosa felicidad de llegar a los 80 años. La literatura moderna los imita: se complace en renegar de la razón pero la visitan a escondidas.

Al rechazar la teoría sicoanalítica del simbolismo de los sueños, Roger Caillois dice: "Me doy cuenta que ella corresponde, solamente, a una de las más nobles inclinaciones del espíritu humano, la de encarnizarse en descubrir un sentido a lo que no lo tiene, y a deducir el significado de lo insignificante." Por lo demás, y esto es lógico en un Roger Caillois, anota que no existe un criterio teórico absoluto capaz de distinguir el sueño de la realidad. Jean Cocteau, el funambulesco poeta, comparte, no obstante, la opinión de Caillois; para él los sueños no son símbolos descifrables, pueda que sólo sean recuerdos disfrazados de la realidad.

Cuando por fin, y luego de haber atravesado la Explanada de los Inválidos, llego al departamento, me parece el más impersonal de todos los de escritores que he visto. Resulta evidente que en esa salita no escribe Roger Caillois y que deberé contentarme en verlo fuera de su tinta, si pudiere decirlo calamarescamente.

—La literatura actual me parece sobre todo romántica— contesta a mi pregunta, sobre cuál es su elemento distintivo. Es una literatura de transición y la que conviene a un mundo sin estabilidad; a un mundo en perpetuo cambio y cuya gente se ha cansado de esta inestabilidad. Todo ha perdido su sabor y su interés. Hasta la literatura ha perdido su ambición debido a la fragilidad de este mundo. La literatura ha sido devorada por la actualidad. Los libros se parecen, cada vez más, a un semanario si no a un diario, que se leen y en seguida se tiran. En la actualidad el destino de un libro no va más allá de un mes, de un año, de una temporada, y luego se olvida. Esta es la característica más original de la literatura de hoy.

Habla un castellano bastante fluido, aunque ciertas dudas en la elección de los vocablos muestra que ya no lo usa a menudo.

—¿Y qué forma podría distinguirla de la anterior? —le pregunto.

—La literatura de hoy me parece que se caracteriza por la abundancia de la producción novelística, hasta cien libros mensuales; y esto produce la sensación de que la novela se agota no sólo en la faz técnica, sino y, también, en la materia novelística. Hemos asistido a una especie de subasta del escándalo; era como si los novelistas se empeñaran en ver quién sería el más escandaloso, tanto en el tema como en la manera de relatarlo. Pero esto ya va pasando porque hasta el escándalo pasa de moda. Me parece que ahora se buscan nuevas normas, una expresión inédita que se opondría a ese caracter transitorio y efímero del libro que aparece y desaparece en seguida, porque otro, el más de moda en la semana o el mes lo hace olvidar.

Lo que actualmente parece agradar al público son las historias o relatos panorámicos y de ambiente, como por ejemplo: la historia del mar, de la selva, del desarrollo mismo de la vida. Y, también, la novísima "ciencia-ficción"; es decir una literatura que en cierto modo se acerca al cuento filosófico y que se burla de las costumbres y prejuicios de la sociedad. Resulta una suerte de ejercicio intelectual que nos hace tener conciencia de toda clase de relatividad. En este aspecto se parece mucho a la literatura del siglo XVIII, con alguna obra de Voltaire, y con los "Viajes de Gulliver", de Swift. Creo que esto resulta una renovación muy interesante en la novela actual —afirma con su voz plena, que bien se aviene con sus movimientos pausados y su corpachón de hombre ya entrado en carnes y, por cierto, diferente al que conoció Latinoamérica.

Le hablo de las numerosas encuestas sobre la moral de la juventud actual que, también, parecen estar de moda en París, y me contesta algo sonriente:

—No creo en el valor de esas encuestas, más aún no me parece que pueda contestar a su pregunta. No creo que haya una juventud; hay miles y miles de jóvenes, y todos ellos, los de este año y los anteriores, son innumerables y diferentes. Ninguno se parece al otro, de tal manera que, como lo dice el poeta, "joven no es una palabra que se pueda emplear al plural porque tiene una infinidad de singulares". Pero puede afirmarse que esta juventud, esta generación, tiene necesidad de orden y de seriedad y que lo desea. En el plano moral, esto significa que debe obrar para lograr la justicia; y en el plano intelectual tiene que conseguir acordar la lógica con la imaginación.

Creo que como ya se ha hablado y escrito demasiado sobre lo absurdo del mundo, la injusticia del mundo, lo desgraciado que uno es —agrega sin dejar de sonreír— y lo mucho que en vano se ha luchado; y se da cuenta uno que sólo se puede hablar del absurdo cuando se tiene una idea de la razón, y que únicamente se puede hablar de la injusticia cuando se tiene una idea de la justicia, y solamente se puede hablar de la desgracia cuando se tiene una idea de la dicha, y por esto creo en la posibilidad de una generación más positiva, más abierta a los valores de la vida.

Creo, a mi vez, que ha llegado la oportunidad de la pregunta que a menudo hago a mis ilustres interlocutores: ¿Cree que nuestra civilización se encuentra en decadencia?

—No, no hay una decadencia de Occidente —contesta decidido—; pero sí una reducción a proporciones más equitativas del mundo. Se ha dicho que Europa es una pequeña península de la gigantesca Asia, y es verdad si se toma en cuenta la extensión geográfica, la demografía y la diversidad cultural. Esto es un bien para la humanidad; hay que felicitarse de ello. El mundo es ancho y ajeno, como dice Ciro Alegría, y está muy bien; no significa decadencia, muy por el contrario es una extensión del mundo a los límites del planeta, y más allá, como una consecuencia de nuestras mismas invenciones; y no solamente de las invenciones técnicas: de la radio, del avión y todo eso, sino de los valores morales e intelectuales que difundió e inventó Occidente, y que en definitiva son la muestra de su triunfo y no de su decadencia.

Antes de irme, le hago la pregunta que me importa más, pues que viajar es una manera de conocerse a sí mismo como individuo y, sobre todo, como pueblo, y como tal dentro de este conglomerado de pueblos que es nuestra América Latina, y a cuyo destino estamos ligados indisolublemente como única posibilidad de *existencia esencial*.

—Creo que el mundo intelectual y moral de Latinoamérica es una reserva casi inagotable de fuerzas humanas, es decir, sin la opresión de una técnica abrumadora y los peligros de un Estado déspota y burocrático. A mi parecer, lo que caracteriza el alma latinoamericana es el sentimiento de su gran tamaño, de su extensión y amplitud inmensas; lo que se acompaña de una lógica generosidad de alma. En cuanto a su literatura es muy posible que esta grandeza despierte un gran interés hacia ella, y desaloje al que actualmente se experimenta por la norteamericana. Así como conquistó el mundo de la poesía con Pablo Neruda y Gabriela Mistral, puede hacer otro tanto con la novela; por lo pronto ya noto una gran afición en Europa por las novelas de Rómulo Gallegos, Alejo Carpentier, Adalberto Ortiz, Miguel Angel Asturias y muchos otros. Esto me hace deducir que ha empezado la gran época de la novela sudamericana.

Abelardo ARIAS.

(Especial para EL DIA).



París ve en Latinoamérica una reserva de fuerzas humanas.

JOSE MONEGAL

La fábula, como arte literaria, ha superado, por sus cualidades intrínsecas, los reparos que se le hacían al compararla con el apólogo. Se les confunde también, no obstante sus diferencias formales, diferencias que vienen desde sus orígenes, el apólogo en prosa y la fábula en verso. Y por su virtud de sentencia o moraleja breve, pues al hombre le atrae la brevedad, y la brevedad sentenciosa corre fácilmente con el ritmo poético.

Es curioso notar que la fábula ha recibido la atención de los grandes maestros de la literatura y el desprecio de los mediocres. Desde Séneca a Tolstoy, el espíritu creador y comparador de vicios y virtudes, ha buscado en el juicio de los animales representación valorativa de los hombres. El alborear de la cultura literaria de todos los pueblos descansa muy especialmente en el discurrir dialogado de la fauna, para ejemplarizar con ella la moral de los hombres. Y a la par de los fabulistas, los filósofos se han ocupado de ella como elemento conocedor del problema del ser y del existir. Si la fábula, entre los clásicos, fue estilo digno de atención para Aristóteles y Séneca, ya no lo fue para Quintiliano, que la consideraba cosa de niños, y en cuanto a Marcial, mejor será no digamos el concepto que le merecía, para no sonrojar a las graves personas que integran las comisiones pro moral pública.

Lo cierto es que, tanto en la India de Pilpay, como en la Grecia de Esopo, como en la Roma de Fedro, la fábula fue instrumento de los débiles para satirizar a los poderosos, comparaciones y moralejas de resentimiento, pues el resentimiento es consecuencia moral de los pueblos y las clases oprimidas. Por eso, los pensadores o escritores enganchados en el carro de los poderosos, desdeñan la fábula, y la practican aquellos espíritus finos que, pese a su situación de privilegio, comprenden que en el mundo hay cosas que no marchan bien, y se proponen enderezar el entuerto.

Pero ¿quién no ha regocijado su espíritu infantil leyendo a Esopo, y a Fedro, y a La Fontaine, y al Arcipreste de Hita, y a Iriarte, y a Samaniego, y a Hartzenbusch y a Campoamor? Y el caso es que, desde Pilpay, los temas de la fábula se vienen repitiendo con los mismos personajes, sencillamente porque comunes son a todas las culturas los vicios y virtudes y semejantes los animales con los que se les puede representar. Pero en La Fontaine y los fabulistas españoles, la fábula lleva consigo una sentencia de apólogo y aquella distinción de contenido, el apólogo breve y severo y la fábula breve y risueña, acaba por perder sus características para fundirse en una sola entidad literaria y filosófica. Ejemplo de esta fusión, cuando no llega a la confusión, es la fábula de Hartzenbusch de "El Aguila y el Caracol", que dice así:

"Vio en la inminente roca donde anida
el águila real, que se le llega
un torpe caracol de la honda vega,
y exclama sorprendida:
—¿Cómo, con ese andar tan perezoso,
tan arriba subiste a visitarme?
—Subí, señora —contestó el baboso—,
a fuerza de arrastrarme".

Los enemigos irreconciliables de la fábula son la filosofía, enseñando al hombre a valorar las cosas y los actos rectamente, y las ciencias naturales, enseñando a los hombres a conocer qué son, cómo son y por qué actúan como actúan los animales. Por ejemplo, la secular fábula de la cigarra y la hormiga, con la leyenda de la cantadora pero imprevisora cigarra, mientras la hormiga trabaja afanosamente para almacenar comida que utilizará en los días de invierno, la desbarató el entomólogo Fabre, poniendo las cosas en su punto, apareciendo los insectos en su verdadera actividad de trabajo según su instinto. (Blasco Ibáñez fue de los primeros en darle forma literaria a esta nueva interpretación). Y la fábula de la justicia salomónica, ordenando se divida al niño en dos para conocer a la verdadera madre, el belga Maeterlink la trasladó al árbol dividido en dos por la avaricia de herederos, que fructificó en dos árboles. Pero esta virtud de la filosofía y de la ciencia no es enemistad con la fábula sino amor a la verdad. En última instancia, lo de la sentencia clásica: amigo de Platón, pero más amigo de la verdad.

No se puede ser actualmente buen fabulista sin un gran conocimiento de la Historia Natural, fauna y flora del país donde se vive, para no deformar la realidad interpretativa de los personajes y sus símbolos. Porque América es un nuevo continente con nuevos animales, y aunque la fauna política guarde tantas afinidades con la europea o asiática, los encargados de simbolizar defectos y virtudes son otros animales. Ya no sirven los textos clásicos, es preciso descender hasta la tierra y buscar en ella, desde nuestra buena o mala intención, la fábula y el apólogo aleccionadores. Y por mucho que haya evolucionado el hombre, además de animal político es también animal social, y en sociología deben funcionar los animales que quieran interpretarlo, como en el caso del fabulista español Tomás Meabe, sin olvidar, que el fabulista, como el escritor, podrá odiar o despreciar a determinados hombres, pero en realidad continúa amando al Hombre, aunque sea muy a su pesar. En esta dirección teórica y práctica se halla José Monegal.

Los lectores del Suplemento de EL DIA se han familiarizado con una firma, la de José Monegal, que semanalmente aparece al pie de unos cuentos nativistas, en parte apólogos, en parte fábulas, por la exaltación representativa de nuestra fauna, pero fundamentalmente cuentos por la capacidad limitadora de dicho género literario. No siempre Monegal se enfrenta con los géneros apólogo y fábula en su creación literaria, pero son de su preferencia. Algún día nos obsequiará con un volumen de cuentos de tipología campesina uruguaya y podremos dedicarle un comentario sobre su estilo narrativo en tono mayor, personalísimo, bien diferenciado de otros estilos. En él no hallaremos la insinuación cortante y cortada de Morosoli, en el esquematismo interpretativo de las almas; ni la sobriedad naturalista de un Montiel Ballesteros; ni la perspectiva retrospectiva de los personajes de Julio C. da Rosa, por citar a tres de los más conspicuos cultivadores del género, el primero desaparecido en su plenitud creadora. ¿Pudo haber dado más de lo que dio? Los artistas vocacionales y temperamentales se dan plenamente desde sus primeras obras. Luego se dedican a desarrollar hasta las últimas consecuencias su total representación de la realidad que les desborda.

La nota personal de Monegal es un tono incisivo, gesto intelectual de perdona miserias con que el escritor se inclina hacia el fatalismo de las cosas, comprensión afectiva del artista que se sitúa, casi siempre instintivamente, más allá de las apariencias, porque está más acá de las intimidades, pero con gracia cordial, esa gracia que todo lo perdona porque todo lo comprende, y no por eso menos despreciadora de la parte de ruindad que cabe en el alma del hombre.

En su último libro, "Memorias de Juan Pedro Camargo", nos ofrece José Monegal una antología de apólogos y fábulas unidos por un hilo sutil de cuentos que desembocan en novela, trabado todo por una costura de humor fino, sarcástico muchas veces, amargo casi siempre, pues no hay auténtico humor sin una gran dosis de amargura. Libro de difícil lectura, pues nos da la sensación de que está escrito en clave. La farsa de los animales, ¿no representa la farsa de los hombres encumbrados en la política? Hay que estar muy interiorizados en ella para explicarse malicias, reticencias, venalidades, alteza de miras, altos intereses, bajos apetitos, etc., etc., todo el complejo psicológico que condiciona la vida de los pueblos. José Monegal lo representa todo en una familia de zorros, donde hay de todo, como en la viña del Señor, y la realidad política que nos envuelve. Pero si bien, en lo que a nosotros se refiere, nos sería casi imposible personalizar hombres a través de los animales, nos resulta fácil aunar actitudes de la vida animal representada con las que nos son familiares en la vida de políticos y demagogos de profesión.

La trama es tan sencilla como humana, aunque la familia de Juan León Camargo, padre del biografiado, es una familia de zorros. Un tío, el zorro Juan Francisco, una tía, Juana Melchora, zorra resabida y beata en el sentido virginal de la palabra. Y Don Aguará Guazú, héroe progenitor de vena caudillista, y Don Vizcacha, sabio y sobrio menos para el amor. Todo como en la vida del hombre. También, como entre los hombres, aparece el personaje Juanillo, un zorrillo que todo lo arpegia y perfuma, para que podamos oler y no a rosas. Lo mismito que entre los hombres. Aventura de perseguidores y desventura de perseguidos, aunque a la postre todo se convierte en desventura bajo el cendal de la muerte. ¿En qué se distingue una familia de zorros de una familia de hombres? ¿En qué se diferencia un ambiente de zorrería de género humano o del género zorril? Todo es uno y lo mismo.

Pero acaso en este ambiente de zorros y zorras que sudan olor de humanidad, José Monegal halle un estilo de prosa más auténticamente con sabor de tierra uruguaya.

Mas, también por las afinidades telúricas entre el reino zorril y la propia tierra, José Monegal es fácil haya encontrado el medio de hacer más suya esta tierra, que se le transforma en paisaje de arroyo, de monte, de noche estrellada, de bañado, de cuchilla, de galopar de caballos, de aullar de canes en el horizonte, de tropel equino, de mugido tibio de res, de balar tembloroso de cordero. El paisaje se le hace tierno y varonil a la vez. Lo de menos es la aventura de los zorros, aunque es lo de más trascendencia por sus similitudes con nuestra propia vida. Lo inefable es el paisaje, el alma de las cosas, a las que José Monegal nos lleva por el camino de la emoción y del sentimiento.



JOSE MONEGAL. — Autocaricatura.

Hemos llegado a la última página del libro. José Monegal nos describe, en boca de zorro, su pesimismo, que será la manera más adecuadamente crítica de terminar estas líneas:

"Y fue así que me enfrenté a unos hombres extraordinarios. Los vi llenos de brillo, y de vida, y de poder. Me parecían únicos y enormes pues a su lado pasaban las muchedumbres y los que las componían eran vulgares y débiles. Pero después subí a la cima del monte y contemplé la ciudad que palpitaba. Y desde aquella altura, que casi rasgaba las nubes, vi que todos los hombres eran iguales, pequeños y míseros. Parecían menos que insectos. Y allí, casi pegada a la ciudad de la vida, la otra, la erizada de cruces. Entonces pensé con amargura en la inutilidad de las nobles aspiraciones, en la tragedia de las ambiciones, en el irreparable crimen del hombre por su ansia de dominio, en su extravío al buscar caminos para su mejoramiento, en el valor negativo de la virtud y de la justicia, y en el triste destino de la voluntad. Lloré por los santos y por los asesinos, por los sabios y por los bárbaros, por los héroes y por los míseros. Y me vine a parar siempre a este campo a reverenciar al sol".

Pues si la contemplación de la vida de los zorros y de los hombres nos hace pesimistas, lo cierto es que siempre nos queda el consuelo de la luz, que también es nuestra.

F. FERRANDIZ ALBORZ.

(Especial para EL DIA).

ALGO MAS EN TORNO DE LOS DIAS DE MAYO DE 1810

AL redactar el presente estudio nos anima la intención de establecer algunas tas históricas sobre el tema, utilizando, para ello, las inéditas referencias que surgen de la lectura y examen crítico de un olvidado manuscrito coetáneo.

No nos mueve la pretensión de fijar conclusiones, ni la muy grave empresa de rever aquel magno proceso revolucionario. Apenas el propósito de agregar, al asunto en cuestión, un ignorado repertorio de viejas noticias.

El texto histórico objeto hoy de nuestro breve ensayo ha pasado inadvertido a los historiadores de aquellos sucesos. Es, in extenso, el de la declaración que ante el Alcalde de primer voto y Gobernador político interino de la plaza — D. Cristóbal Salvañach y el escribano de S. M. y Cabildo, D. Pedro Feliciano Sainz de Cavia — prestan los vecinos Francisco Rodríguez, patrón de la lancha "Santa Rosa de Lima" y el comerciante Manuel Fernando Ocampo, el día 25 de mayo de 1810. Y corresponde decir, a punto seguido, que el doctor Dn. Pablo Blanco Acevedo en su libro "El Gobierno Colonial en el Uruguay", tomo 2º capítulo IX, intitulado "Montevideo y la Revolución de Mayo", sólo alude y casi literalmente transcribe lo que sobre el particular consta en el acta capitular de aquella fecha.

*

Los acaecimientos porteños de la hora constituían el tema principal de todo comentario montevideano, y su examen y enjuiciamiento daba pábulo a las más opuestas apreciaciones. Su proyección y notoria influencia en nuestro medio social impuso a las autoridades locales, desde un primer momento, la adopción de cuidadosas medidas de vigilancia para ejercer un ajustado contralor de las noticias foráneas. No podía escapar a la percepción de unos y otros — jerarcas y pueblo — la inmensa gravedad política del momento. Era un antiguo secreto a voces el de que los hijos de la tierra aguardaban la primera oportunidad propicia para irrumpir sobre la escena política del Plata y arriar los seculares símbolos del absolutismo. Programa de renovación social que desde los días de la invasión británica alentaba en el espíritu de muchos al inflamado impulso de los nuevos tiempos. Y aquellos no eran otros que los *egoístas* y *ambiciosos* de que nos habla, con desprecio, el regidor D. Tomás Manuel de Anchorena en su discurso del 25 de abril y contra quienes veladamente el virrey Cisneros redacta su circular reservada del día 27.

*

La intranquilidad política en Montevideo tiene su punto de arranque el 13 de mayo, día en que a nuestro puerto arriba, de Gibraltar, la fragata inglesa *Juan Paris*. Las declaraciones de su comandante sobre la funesta situación española tendrán su caja de resonancia, no obstante las reservas y el sigilo impuesto por D. Joaquín de Soria. El 20 circula el "Manifiesto" de Cisneros, cuyas "revelaciones sensacionales" sólo sirven para arrojar nuevas brasas a la hoguera lugareña, y cuatro días más tarde sus autoridades y pueblo conocerán de labios de un emisario elocuente y abonado los graves pormenores de la conmoción porteña. Era el capitán de fragata don Juan Jacinto de Vargas — secretario interino del virrey — que retornaba de Buenos Aires después de asistir hasta el día 22 — y muy de cerca — a los tumultuosos y decisivos actos de la revolución. En sus labios una verdad tremenda: la deposición de Cisneros por la Asamblea y el establecimiento de una Junta Provisional, "a cuya sazón — dice — y antes de determinarse este negocio havia salido el exponente para esta Ciudad con comisión de S.E. para comunicar á este Ayuntamiento y autoridades constituidas la ilegalidad de su deposicion... y hacerle entender que esperaba fuese su autoridad devidamente reconocida por este Pueblo y vecindario no haviendo en Buenos Aires poder legítimo para desposeirlo del mando de las Provincias que le había confiado la Suprema Junta Central de España e Indias".

Las severas medidas de precaución adoptadas por nuestro cabildo aquel mismo día 24, clausura del puerto y del correo al Brasil, trasuntan general estupor.

*

Es bajo el imperio de ese estado de ánimo, índice por demás elocuente de viva ansiedad política, que el 25 arriba a nuestro puerto, procedente de Buenos Aires, la lancha del tráfico fluvial "Santa Rosa de Lima" y en ella retornan su patrón, don



Baltasar Hidalgo de Cisneros, último virrey del Río de la Plata. (1809-1810).

Francisco Rodríguez y el comerciante Manuel Fernando Ocampo. Instantes después serán conducidos a la sede del ayuntamiento donde los aguarda la corporación en pleno, más los doctores Nicolás Herrera y Lucas José Obes y el propio capitán Vargas.

Fue en esa particularísima circunstancia que los viajeros prestan declaración, que se formula al expreso tenor de un interrogatorio. Le cupo a don Francisco Rodríguez trazar, de viva voz, el relato de los sucesos porteños que el vecino Ocampo ratifica en todos sus puntos, "por publica notoriedad — dice — como que acaba de llegar de la capital Buenos Ayres donde han sucedido a su presencia". La declaración de don Francisco Rodríguez nos ofrece un cuadro objetivo de las históricas jornadas ocurridas entre los días 19 y 24 de mayo, en que a las 2 de la tarde deja el puerto bonaerense rumbo a Montevideo. Su relato es claro y preciso. Tiene la ordenada estructura de un *Diario* de noticias, y aun cuando no agrega novedades sustantivas, aporta una serie de detalles que merecen especial comentario histórico.

*

"Que el Sabado de la semana proxima pasada — [19 de mayo] — quedaron en su noche encerradas las Tropas en sus quarteles respectivos, sin que se hubiese [conocido] pr. entonces el motivo de aquella novedad."

El acuartelamiento de la guarnición bonaerense en la noche del 19 de mayo — suceso no registrado en documento alguno de la época — es signo evidente de intranquilidad general. Es que el Manifiesto de Cisneros había exacerbado la opinión pública dero eco de colectiva ansiedad — con las frustradas tratativas cumplidas ante el Alen vez de lograr su espiritual apaciguamiento. Y no olvidemos que aquella misma noche un núcleo de patricios se reunía en casa de Nicolás Rodríguez Peña.

*

"Que el proximo Domingo — [20 de mayo] — comenzo a difundirse por el Pueblo un rumor de que se trataba de quitar el Baston al Exmo. Sr. Dn. Baltasar hidalgo de Cisneros."

Cabe correlacionar este rumor — volancalde Lezica y el Síndico Leiva por los "...Comandantes de los Cuerpos de la guarnición y varios individuos particulares" reclamando inmediato acuerdo del Cabildo. Había comenzado la inquietud del pueblo que desde un primer momento proclama su adversión al régimen y exige la renuncia de Cisneros.

*

"Que el inmediato Lunes — [21 de mayo] — se junto Cabildo Pleno pa. tratar de aquel asunto, pues generalm.te se decía qe. — [D. Baltasar Hidalgo de Cisneros] — debia perder el mando, pr.qe. ocultaba las noticias de la verdadera situación de nuestra Metrópoli, y asi mismo pr.qe. habia fundados avisos de qe. el Secretario de la Suprema Junta Central (á quien parece debia el Virrey haber conseguido este Empleo) habia incurrido en la nota de traydor, pues se decía publicam.te estaba de gobernador en Madrid pr. José Napoleon."

Conocida es la actitud desembozada y enérgica del pueblo porteño que el 21 reclama la "suspensión" del virrey. El rumor de la víspera es ahora iracundo vocerío que inflama el alma de las masas patricias. Asoma la revolución a la vera misma del viejo Cabildo en la vorágine de aquella hora.

Y don Francisco Rodríguez nos revela las razones que el pueblo invoca para expresar su repudio a Cisneros: por ocultar las verdaderas noticias de la situación militar y política de España y enrostrarle el espúreo origen de su alta investidura, al tildar de traidor a su patrocinador, el Secretario de la Junta Suprema, y ahora, al decir del vulgo, "gobernador en Madrid por José Napoleon".

*

"Que todo aquel dia Lunes — [21 de mayo] — y los dos siguientes Martes y Miercoles — [22 y 23] — estuvieron las Tropas de Patricios, Arribeños y Castas formadas en la Plaza Mayor impidiendo la entrada a todo el mundo, pues solo debian pasar pa. asistir ala asamblea qe. se celebraba en el Cabildo — [22 de mayo] — aquellas Personas qe. manifestasen un Voleto o Papeleta del mismo Exmo. Ayuntamiento respecto a qe. de antemano se habian hecho distribuir de su orden."

Fuera de la novedosa precisión que nos refiere la concurrencia de los Patricios, Arribeños y Castas en la Plaza Mayor durante los días 21 y 23, la declaración de D. Francisco Rodríguez no agrega cosa alguna de interés en las presentes líneas de su relato. Es de todos bien sabido que las milicias porteñas controlaron las entradas al Cabildo durante la celebración del Congreso general. Pero a punto seguido el texto de la exposición recoge algunas noticias de interés histórico para el mejor estudio del zarandeado asunto de las inasistencias al Cabildo Abierto del 22 de Mayo — 200 en 450 invitados — al revelarnos, indirectamente, la presencia de mensajeros ignorantes a quienes el ayuntamiento encarga el reparto de las esquelas.

"Haciendo memoria el declarante — dice — qe. un Sargento llegó ala Tienda de Ignacio Pequeño, en qe. se hallaba a la sazon el que declara, a preguntar pr. las casas de diferentes Sugetos a quienes debia citar pa. aquella convocatoria, y entre las papeletas qe. alli leyó con aquel motivo estaban nombrados el Padre Prefecto del Hospital de Betlemitas, D. Juan Agustín Videla, D. Tomas de Balenzateguy, D. Anselmo Saenz Baliente, D. Andrés de Arroyo y los Reverendos Padres Provinciales de los Conventos de Sto. Domingo y Sn. Fran.co."

De estos invitados al Cabildo Abierto únicamente concurren tres y... ¿curiosa casualidad?, los tres actuarán inspirados por idéntico espíritu colonialista. Son el Padre Prefecto del Hospicio Bethelémico, Fray José Vicente de San Nicolás que repite el voto del Oydor D. Manuel José de Reyes, el P. Provincial de la Orden de San Francisco, D. Ramón Alvarez cuyo voto indeciso navega entre dos aguas, por la permanencia del virrey o el Cabildo en última instancia y don Juan de Andrés de Arroyo, Contador Mayor del Tribunal de Cuentas, que vota por el mantenimiento de Cisneros en el ejercicio del poder.

De los otros cuatro invitados, inasistentes al Cabildo Abierto del 22 de Mayo, los señores Juan A. Videla, D. Tomás de Balenzateguy, D. Anselmo Saenz Valiente y el P. Provincial de la Orden de Santo Domingo, Fray Isidoro Celestino Guerra, figuras todas ellas de relieve en lo social, no corresponde, ni correcto sería aventurar juicio alguno respecto de su posible reacción política en aquella emergencia, pero sí puedo asegurar que el P. Isidoro Celestino Guerra debía ser del grupo patricio al merecer, poco tiempo después, el honroso destino de ser propuesto para integrar la Junta Protectora de la Libertad de Imprenta.

*

"Que pr. tres dias consecutivos duraron las contextaciones entre el Exmo. Cabildo y el Exmo. Sr. Virrey, sin qe. este hubiese querido concurrir al primero, hasta qe. el miercoles — [23 de mayo] — en la noche poco despues de oraciones abdicó el mando dho Señor Virrey, y sin perdida de instantes se promulgó en la misma noche un Bando de mandato del Exmo. Cabildo, pr. el qual se anunciaba, qe. este quedaba interinam.te de Capitan Gral. del Virreynato, hasta qe. congregados los Diputados de las Provincias respectivas se deliberase lo qe. se estimase mas conveniente al bien general de todos..."

Este capítulo de la declaración de don Francisco Rodríguez, ciertamente oscuro para estimar el fondo de su contexto histórico, se refiere al intercambio de pareceres políticos suscitado entre el Cabildo y Cisneros en los días 21, 22 y 23 y el no haber querido convenir, este último con el ayuntamiento en cuanto se refiere a su permanencia en el gobierno, hasta que abdica en la noche del 23, "poco después de oraciones". El bando capitular promulgado de inmediato llevó a conocimiento del pueblo aquella extraordinaria novedad y la de haber asumido dicho cuerpo la eminente función pública que el Congreso le acordara el día 22, hasta que congregados los diputados de provincias se estimase lo "más conveniente al bien general".

El último punto del interrogatorio versa respecto de si en el bando se hacía mención a la Real Audiencia Pretorial, y si és-



Cerros pletóricos en minerales de plata y estaño, rodean la ciudad de Oruro.

EL PRIMER FERROCARRIL DE BOLIVIA

BOLIVIA es, seguramente, uno de los países de América latina, donde las revoluciones, asonadas y cuartelazos han sido los más tremendos factores para que sus gobernantes no se hubieran preocupado de construir ferrocarriles, aun sabiendo que estas obras influyen de manera positiva en el progreso de los pueblos. Constituía una inversión por demás aventurada para banqueros y hombres de empresa llevar las paralelas de acero desde las costas del Pacífico a los centros mineros, en un ambiente en que los gobiernos se derrumbaban cada seis meses y no existían garantías para los capitalistas. Sin embargo, en ese medio caldeado de pasiones y de ambiciones bastardas, no faltaron hombres patriotas y previsores que planeaban proyectos como la canalización del río Desaguadero, y la construcción de una vía férrea del oriente boliviano hacia el océano Atlántico... Para gentes que vivían de la política y para la política, estos grandes proyectos eran conceptuados como utópicos e irrealizables. Uno de esos pioneros audaces, Avelino Aramayo, que habíase educado en Inglaterra, y que desde sus años mozos trabajara minas de plata y bismuto en la provincia Chichas del departamento de Potosí, les decía a sus compatriotas que los ferrocarriles son los heraldos de la civilización, y que el momento había llegado para que en Bolivia se procediese a construirlos. Después de ponerse en contacto con banqueros e ingenieros de Londres, Aramayo tuvo la hombría de presentar al gobierno del general Achá un proyecto para la construcción de una línea férrea de Mejillones a Potosí. Derrocado el gobierno Achá, debía estudiar el proyecto el gobierno del tirano Mariano Melgarejo. Mas, cuando el proponente pidió que su proyecto fuera aprobado o desechado, Melgarejo, el soldadote ignaro y borrachín, no tuvo el menor reparo en ordenar el destierro de Aramayo... Esto ocurría el año 1865.

Pasaron los años y, ni gobernantes ni gobernados calculaban siquiera los beneficios que reporta un ferrocarril en un país de topografía enrevesada, de gran extensión y poco poblado, pero rico en los tres reinos de la naturaleza. Los sulfuros de plata, los lingotes y charques de cobre, la cascarilla y muchos otros productos, se los transportaba a lomo de borricos o llamas, desde los asientos mineros de Portugalete, Chorolque, Pulacayo, Potosí, Oruro, La Paz, y Corocoro hasta Antofagasta y Arica. Mientras Chile, Argentina, Perú y Brasil tendían caminos de hierro de sus costas hacia el interior de sus territorios, en Bolivia, la única ocupación y preocupación de sus clases dirigentes era conquistar el poder, porque ahí estaba la felicidad del pueblo.

Pero, he aquí, que aparece en el tinglado de la politiquería y de la demagogia Aniceto Arce el hombre de voluntad acerada, energía indomable y honradez acrisolada, que despierta al pueblo de Bolivia con el estridente pitar de las locomotoras. Este viejo político, rico minero que ha asimilado mucho durante sus frecuentes viajes a Inglaterra y Francia, llegó a ocupar la presidencia de la República, no en forma muy legal, sofocando más de una revuelta y desterrando a sus adversarios a regiones mortíferas. Fue un tirano, severo e imponente, que oprimió y persiguió y gastó gran parte de su fortuna en el ejercicio de su alto cargo.

En 1885, la Compañía de Salitres de Antofagasta suscribió un contrato con la Compañía Huanchaca, de Bolivia, para la construcción de una línea férrea de Antofagasta a Ollagüe, destinada al transporte de los minerales de plata de Pulacayo, y de Oruro. Ollagüe es un villorrio situado en la línea fronteriza entre Bolivia y Chile. Aniceto Arce, como el mayor accionista de la Compañía Huanchaca de Bolivia, instó al consejo de administración para que propusiera al gobierno de Bolivia la prolongación del ferrocarril de Ollagüe hasta Oruro, pasando por Uyuni. Arce, venció todas las dificultades que se le presentaron, no pudiendo hacerlo retroceder ni la formidable campaña, oral y escrita, de sus adversarios políticos los liberales, quienes decían, que preferían las tardías llamas a un ferrocarril estratégico que entregaba a los bolivianos maniatados a Chile... Las censuras cayeron en el vacío, ya que tras breve tiempo llegaron los rieles a Uyuni, de donde se extendió un ramal a Pulacayo, centro minero de gran importancia, que en la actualidad, sigue produciendo minerales de plata, aunque en muy reducida escala.

En 1888 el gobierno de Bolivia promulga la ley que autoriza a la Compañía Huanchaca de Bolivia, la construcción inmediata del ferrocarril de Uyuni a Oruro —ciudad ubicada en el centro de Bolivia— fijándose el plazo de seis años para la entrega de la obra. Un biógrafo de Aniceto Arce, afirma que los planes de este industrial y político, no se limitaban a prolongar el ferrocarril a Oruro; quería que las paralelas fueran hasta La Paz, Cochabamba y Potosí, porque consideraba que la baja cotización de la plata, único metal que entonces se explotaba, ponía en peligro a la industria minera, y que, para compensar ese inminente peligro, era indispensable, no sólo abaratar los fletes y perfeccionar los procedimientos, sino crear nuevas fuentes de producción con el fomento de la agricultura en los extensos valles del país.

En mayo de 1888 se presentaron al plebiscito electoral los partidos nacional y liberal, con sus precandidatos señores Aniceto Arce y Elicdoro Camacho. El primero, minero acaudalado, que gastó ingentes sumas de dinero en propaganda política, y además contó con el apoyo del gobierno, obtuvo 25 mil votos; el segundo, tan sólo siete mil votos. En el mes de agosto del propio año, Arce asume la presidencia de Bolivia. El gobierno, para este hombre que supo administrar con honestidad y buen sentido muchas empresas mineras, es el escenario propicio donde hace conocer su carácter indomable, su gran capacidad creadora y sobre todo sus peculiares dotes de estadista. Se entrega de lleno, aplastando la crítica acerba de sus contrarios, a realizar la obra de sus más caros anhelos: el ferrocarril de Uyuni a Oruro! El 18 de julio de 1890, el presidente Arce suscribió un contrato con "The Antofagasta Bolivia Railway Company Limited", subrogatoria de la Compañía Huanchaca de Bolivia, a efectos que el ferrocarril fuera entregado al servicio público en la ciudad de Oruro en el plazo de dos años.

La empresa constructora The Antofagasta Bolivia Railway Company Limited sustentada por capitales ingleses, fiel a su compromiso, prolongó la línea férrea de Uyuni a Oruro en el término estipulado, y notificó al gobierno nacional para su recepción oficial. El Jefe del Cuerpo Nacional de Ingenieros, ingeniero Julio Pinkas —de grato recuerdo en Bolivia por las obras que ejecutó— en el informe que evacúa acerca del estado de la ferrovía concluída, expresa que desde Uyuni a Oruro está construída con toda solidez; que sus estaciones tienen el tipo de elegante sencillez; que su material rodante y de tracción, es de buena fábrica; y que la trocha, que es de setenta y cinco centímetros, ofrece toda seguridad al tránsito, desde que la locomotora no pasa de la velocidad de cincuenta kilómetros por hora, y permite, por sus ventajosas condiciones técnicas, la circulación de trenes pesados de suficiente capacidad para servir los intereses mineros y comerciales de la región interesada.

Le corresponde inaugurar la línea férrea al iniciador de la obra doctor Aniceto Arce, quien, no obstante de las frecuentes conjuraciones y revueltas que debe aplastar, se mantiene impertérrito en la primera magistratura de la nación. Va de Sucre a Oruro con una larga comitiva oficial en la que forman ministros plenipotenciarios, presidentes de concejos municipales, prefectos de departamento, autoridades judiciales, jefes y oficiales del ejército y delegados de ciudades y provincias. El 15 de mayo de 1892, los rieles penetran hasta la plaza "10 de Febrero", la más grande y céntrica de la ciudad, donde se levanta una gran tribuna para la colocación de las delegaciones asistentes y altos dignatarios del gobierno. Diez mil espectadores llenan la plaza. Oruro está de fiesta. Acallados los vítores, el presidente Arce, profundamente emocionado, dirige la palabra a la nutrida concurrencia y dice: "Está realizada mi más grande aspiración desde que aprendí a servir y amar a la patria. Veo aquí, en el centro de Bolivia, el primer ferrocarril que viene a anunciarnos una gran transformación vigorizando nuestras fuerzas sociales. Mi intervención en la política ha obedecido únicamente al deseo de procurar la prosperidad del país por medio de una vía férrea que facilite sus relaciones con los mercados extranjeros. Si he buscado el poder, ha sido con ese propósito, para cuya ejecución no he omitido esfuerzos ni sacrificios. Me siento satisfecho al contemplar mi obra terminada y estoy ampliamente indemnizado de las contradicciones con que la pasión, unas veces, y otras la ignorancia, se propusieron cerrarme el camino hacia este grandioso fin. El pueblo de Oruro, que por su ventajosa topografía ha de alcanzar en no remoto tiempo un gran desarrollo, ha sido el primero en recibir los beneficios del ferrocarril. Empero, este clavo que tengo la honra de fijar al término de la nueva línea, no será el último, porque ella se ha de prolongar a los demás departamentos, llevando la fuerza y la vida hasta los confines del territorio en el departamento del Beni. Dejemos que Bolivia se levante por la industria que vigoriza, por el trabajo que ennoblece y por el orden y la paz que hacen grandes y fuertes a los pueblos". Muchos circunstantes vieron que cuando daba el martillazo al clavo de oro, por las mejillas del presidente Arce, corrían gruesas lágrimas, y, también oyeron decir, aunque en voz un tanto apagada: "Ahora pueden matarme, he cumplido mi misión". A los tres meses Arce dejó el gobierno, y retornó al duro trabajo de sus minas, porque el ejercicio de la presidencia hubo mermado enormemente su antes cuantiosa fortuna.

Empero, el clavo que fijara el presidente Arce en Oruro, no fue el último, porque en los albores del presente siglo, otro estadista austero, dinámico y patriota, el doctor Ismael Montes, inicia la construcción de los ferrocarriles de Oruro a La Paz, de Oruro a Cochabamba, de Río Mulato a Potosí, de Potosí a Sucre, de La Quiaca (Argentina) a Atocha, todos ellos de trocha uniforme de un metro, inclusive el de Antofagasta a Oruro.

La estatua de bronce de Aniceto Arce que se levanta en la plaza "10 de Febrero" de la ciudad de Oruro, significa el esfuerzo tenaz de un gobernante progresista, y el agradecimiento de un pueblo. Mañana, cuando se diluyan los odios y la justicia ilumine la mente de los bolivianos, también el presidente Montes, será merecedor a que el pueblo perpetúe en el bronce o el mármol la magna ejecutoria de un estadista y civilizador.

Luis TERAN GOMEZ.

La Paz, 1958.

(Especial para EL DIA).

---

ta, a la salida del declarante, "quedaba ó nó en el exercicio de sus funciones".

*

A la hora 14 del 24 de mayo en que los viajeros dejan la ciudad y puerto de Buenos Aires no podían, en forma alguna, tener conocimiento de los actos políticos que se fraguaban en la sede del Cabildo, etapas de la *nueva burla* para sacar triunfante la contrarrevolución —en el justo y expresivo decir del Dr. Levene— y mantener a Cisneros en el ejercicio del poder virreinal, lo que exactamente se consuma a la hora 15, al imponérsele en la presidencia de la Primera Junta.

*

La declaración conjunta de los vecinos Francisco Rodríguez y Manuel F. Ocampo impuso a las autoridades y pueblo de Montevideo de los acaecimientos bonaerenses que sellan el triunfo del patriciado porteño en la empresa de la redención de América.

El eco de las jornadas de Mayo labró hondo en el espíritu de los orientales que desde 1809 alentaban, en la ciudad y en el campo, el sentimiento revolucionario de los criollos, propósito que se pondrá bien de relieve en el año de 1810 con elocuentes manifestaciones de rebeldía.

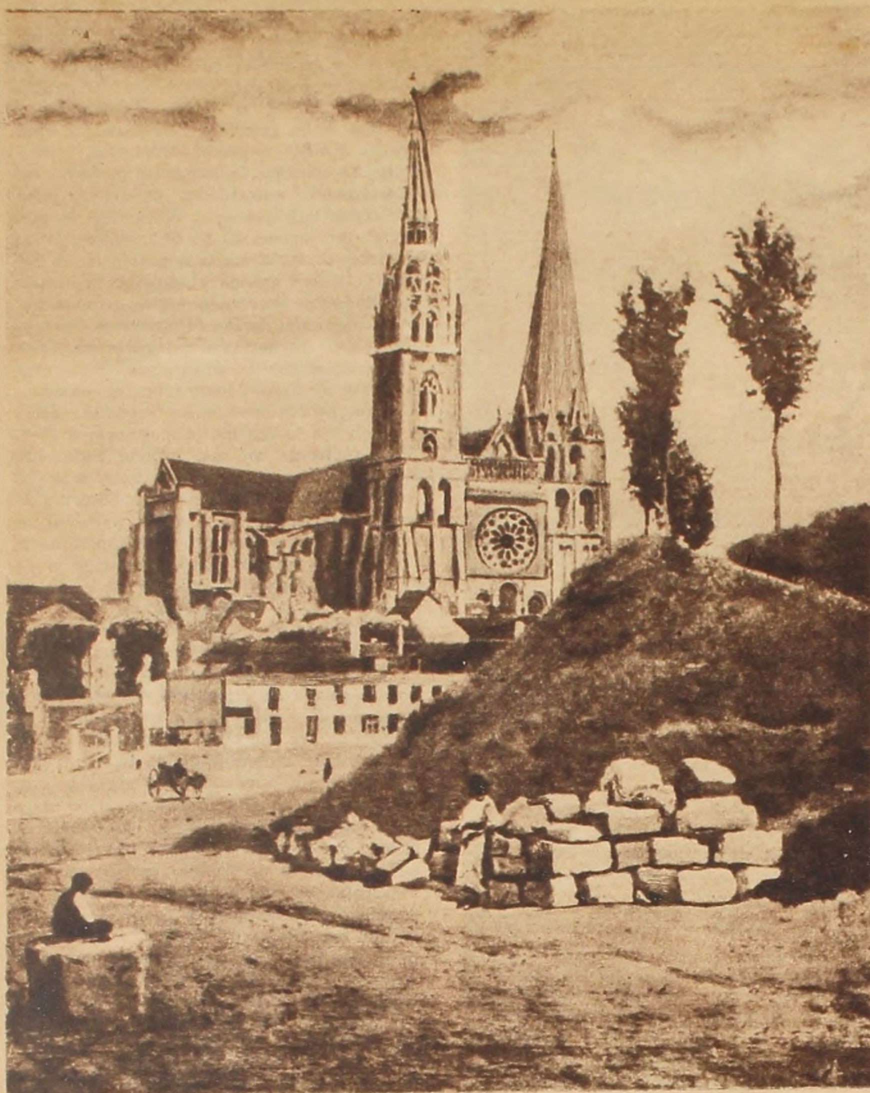
Es el amanecer de nuestra libertad al impulso de una pléyade de esforzados varones: Joaquín Suárez, Mateo Gallegos, Santiago Figueredo, Pedro Celestino Bauzá, Francisco Melo, Prudencio Murguiondo, Pedro F. Sainz de Cavia, Patricio José Veldón, F. Montes Larrea, los Nazar, Murillo, González Vallejo, Valentín Gómez... sombras rectoras de una olvidada página de nuestra historia.

Ariosto FERNANDEZ

Agosto, 1958.

(Especial para EL DIA)

Humildad y permanencia de Corot



Lo vulgar y lo sublime, en "La Catedral de Chartres".

LAS hadas que presidieron el humilde nacimiento de Corot han protegido su vida contra la influencia oscura de toda sombra nefasta. También contra toda sombra han protegido sus cuadros. Por un maravilloso privilegio, ninguna de las telas de Corot físicamente sufrió las ofensas, las acciones deletéreas, infligidas a la mayor parte de las obras pintadas entre 1840 y 1870. Ha proseguido Corot su buen pequeño camino sin que nadie se opusiera a su constante andadura, por tal modo y de tal modo era su marcha ligera. Y al decir aquí "camino" le prestamos el encanto que tiene ya en sus paisajes. Nadie hizo obstáculo alguno a ese andar de Corot: tan modesto era su éxito que nadie vio en él perjuicio.

Los críticos de su época (aún los más clarividentes) sólo pronuncian su nombre, breve nombre, como él mismo, con estima y gentileza. Eso le basta a Corot. Como si un exceso, acaso, de admiración, de volúmenes de elogio, hubiera ahogado en cambio la "voz" de sus propias telas. El pintor simple, Corot, vivía en esa penumbra: era su medio, su modo. Importa decir aquí, en apoyo de todo ello, que la acción de Corot sobre sus contemporáneos y aun sobre la generación que comienza o se organiza hacia 1860 fue casi insignificante. Influyó más un Courbet, un Rousseau, un Daubigny. La sencillez de Corot anda y pasa en la penumbra. Y, a pesar de todo ello, es Corot lo permanente. Hay en el caso Corot un ejemplo singular: ese de la sencillez· de lo simple cotidiano, que parece estar al margen de la grandeza posible, que no busca esa grandeza o parece no buscarla, pero en sí la lleva andando. Y acaso no la buscó porque la llevaba en sí, o pareció estar al margen a fuerza de sencillez. Y en lo sencillo, lo simple, estaba todo lo grande.

¿Cómo se explica Corot, la grandeza de lo simple o lo simple en su grandeza? Courbet (y no sin orgullo) pretende ser "el alumno de la gran Naturaleza". Y, por su parte, Corot también se cree ese alumno... pero en toda su humildad. "Cuando me encuentro instalado (dice y repite Corot) en un sitio "natural", siento en mí una santa cólera contra toda mi pintura". Y también dice Corot: "No cambies jamás siquiera el sentido de una rama; la Naturaleza, Dios, el Ser Supremo, si quieres, la puso a su gusto así". Y pudiera deducirse que preconiza Corot una imitación servil de cuanto la vista encuentra. Lo cual no sería exacto. Hay en esas dos parábolas, en aquella de la cólera, y en ésta de la rama, el consecuente respeto del pintor ante su mundo y del humilde sincero ante la grandeza externa. Pero no lección rotunda de la imitación servil. El secreto de Corot nos parece contenido en esta frase emotiva que lanzó más de una vez: "Entreguémonos humildes a nuestra impresión primera. Si hemos sido realmente emocionados, nuestra emoción pasará al corazón de los otros". Y ¿lo que resulta aquí? Aparece eliminada toda idea sostenida de la imitación servil, y eliminada igualmente toda idea sostenida de la construcción teórica. Todos los cuadros se hacen con líneas y con colores; también con el sentimiento. La obra de arte no es solamente un reflejo; es también una respuesta. La sinceridad, el ardor, de esa respuesta en sí misma harán y serán su fuerza. Y ¿lo que prueba Corot? Que lo más grande en la ciencia es compatible con la más grande inocencia. Precisamente por eso, tanto recuerda Corot a los grandes primitivos.

¿Lo que Corot representa y está en su activa substancia? El maravilloso punto de equilibrio entre el don· la facultad (que sólo otorga la gracia) y lo mejor del oficio que se estudia y que se adquiere; entre la cosa observada y la cosa que, a su vez, está ya experimentada; entre aquello que se aprende y lo que, en cambio, a su modo, no se enseñará jamás. Si uno de esos factores al imponerse en su peso rompe el equilibrio aquel, se hace dueño el artificio, o se hace dueño el azar. Por aquella maravilla de equilibrio no cabe entero Corot donde sólo hay un teórico ni donde hay un empírico, y desconcierta al plagiario, porque inspirarse en él, directamente de él, haciendo abstracción del sentimiento, del personal sentimiento, es también desconocerlo.

Pero ocurre, en todo caso, que gracias a su prudencia (casi podría decirse, a su "divina" prudencia) y a pesar de los límites que se imponen a su genio, de Corot, en todo lugar y tiempo, sólo han recibido los pintores ejemplos saludables y eficaces. Pudieron cambiar y cambian las grandes modas artísticas. Y las pequeñas también. A Corot se vuelve siempre en los modos de su arte. No hay un solo paisajista grande del siglo XIX, o siglo XX, que aun en el caso frecuente de haber reaccionado contra él, no le haya en lo profundo respetado.



Esta "Rebeca en la fuente", composición del paisaje, paisaje en composición.



Paisaje a la moda a

En la gran Naturaleza de este "Paisaje en Italia".

Reconcilia Corot las doctrinas más contrarias, todos los puntos de vista. No se le conoce aún un enemigo consciente. Porque en Corot se compensan los métodos más opuestos, se compensan las "verdades". Van perdiendo su rigor.

¿El método de Corot? Lo que Corot preconiza: todo trabajo directo, fidelidad al modelo... y a la impresión primera. Pero aun a cielo abierto, aun en medio del paisaje, el hombre de lo "directo", de aquella "fidelidad", el artista en su función, ya se reserva el derecho de interpretar a su vez.



pesar de todo, "nuevo": "En las afueras de Nápoles".

Uno de sus biógrafos "Lavieille", cuenta haber visto a Corot, trabajando ante un paisaje, instalado en el paisaje, ir sustituyendo un prado que en el paisaje se encuentra por un pequeño lago de agua mansa. "Lo hago para refrescarme", decía entonces Corot. Y en realidad lo hacía para buscar un contraste, de luz, de reflejos puros, con el cielo de su cuadro. Después de sus excursiones "invitaba a la Naturaleza a venir a pasar algunos días en su casa". Y, en su taller entonces (y sigue hablando Corot) "oye cantar a los pájaros, y los rumores del agua, y del viento entre los árboles". Entre los muros cerrados, se alza y se pone el sol.

"Hay ocasiones frecuentes (habla Corot todavía) en que mi propia memoria me sirve más y mejor que la presencia real del modelo de mi cuadro".

Hay en Corot un apóstol. Y ese apóstol es el del trabajo fácil, el del gusto natural.

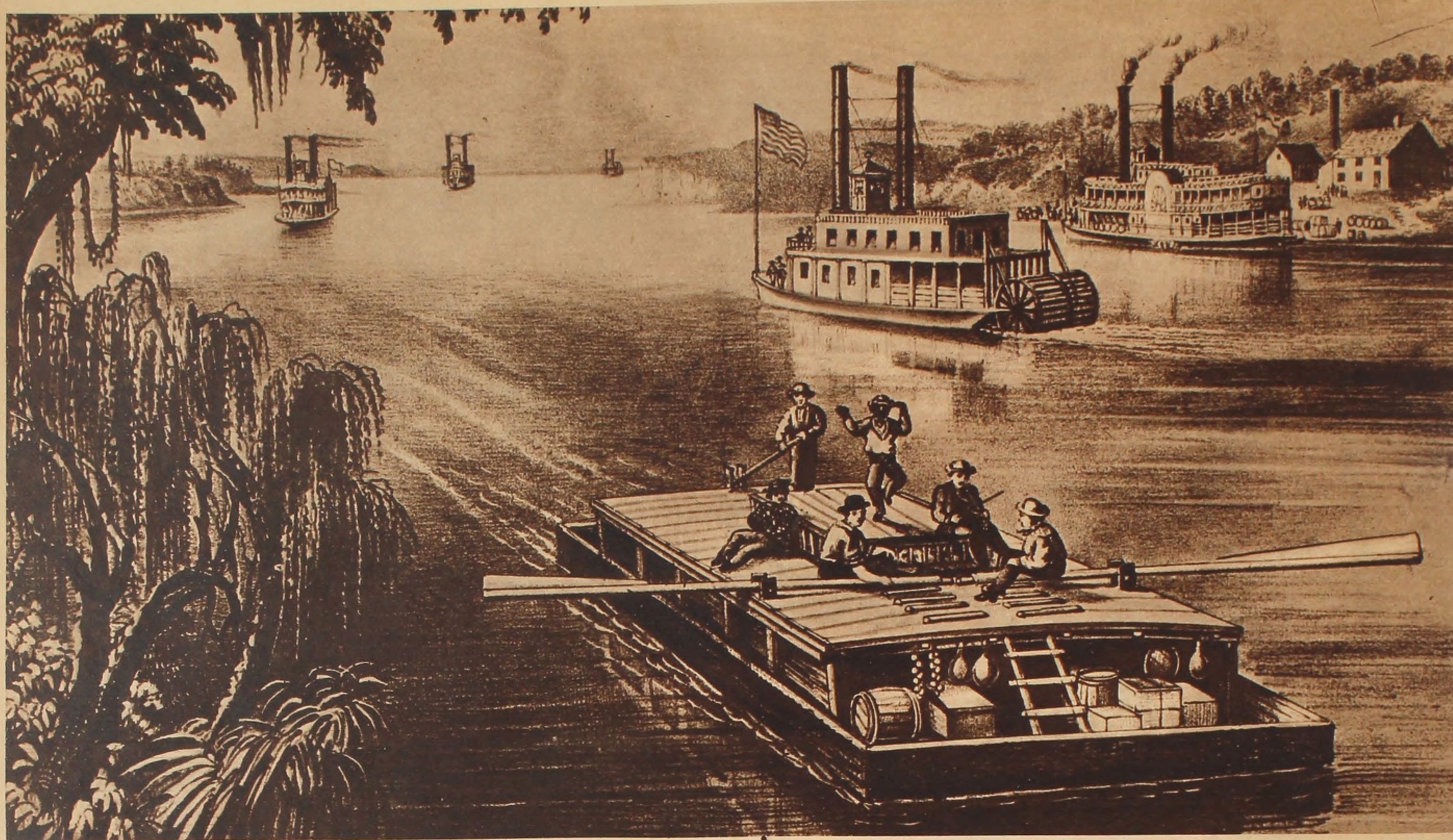
Aquel que lo encuentra fácil por la obra de este gusto. Y que ejercita este gusto porque aquel trabajo es fácil. Y cree en la inspiración. Y aún en los poderes involuntarios mandando. "Si alguna cosa hago que esté bien (aún decía Corot) es que la Naturaleza, o Dios, o el Ser Supremo, o la Fuerza Sobrehumana, vino y la puso en mi alma". ¡La corotesca humildad! Va pensando todavía que "el solo camino libre para ir a la verdad y a lo sublime está en la simplicidad". Pero estas dos palabras reunidas "conciencia" y "perseverancia" son también de su divisa. Ese pintor de lo "fácil" exige luchas continuas, un valor invulnerable. En sí mismo, y para sí, cuando más anda y avanza dice encontrar en lo andado, y advertir en adelante, mayores dificultades. Lo "fácil" es a ese precio.

Y aún las contradicciones. Fue andarín impenitente este Corot de lo "fácil". Pintó en toda Francia, en Roma, en Venecia, en Suiza... Pintó el mar y la montaña, valles, bosques y llanuras, grandes ciudades, pequeñas. En todas las estaciones. Y bajo todas las luces. Y estaba convencido, sin embargo, y lo decía, afirmaba, que "se pueden pintar obras maestras sin abandonar Montmartre". ¿Los grandes cuadros de encargo, las grandes líneas, lo clásico, a la manera de Poussin? "Mi reino no es de ese mundo" —iba diciendo Corot. Pero también sabe y dice: "Lo que hace nacer la obra, la mantiene y vivifica, más que el sitio de modelo, está en la interpretación". Y hasta su día postrero, para mostrar hasta el fin que no es un revolucionario, pero más seguramente porque siente el beneficio (entendido, en lo moral) que podrá extraerse siempre de esos mismos ejercicios, va componiendo y pintando cuadros a la moda antigua, con "paisajes animados y con escenas compuestas". Y la gran contradicción! ¡Es tan "nuevo" ese Corot! Es tan "nuevo" todavía, a pesar de su "vejez"!

J. B. TOLEDO.

Marsella, 1958.

(Especial para EL DIA).



Una escena del viejo Misisipí.

UNA GRAN VIA DE NAVEGACION: EL MISISIPI

DECIA Mark Twain que el Misisipí no era un río común sino algo desde todo punto de vista notable. El célebre escritor se expresaba así del Misisipí del siglo XIX, caracterizado por los barcos llenos de colorido en que se ofrecían espectáculos y por los pintorescos vapores de ruedas, de un tipo muy peculiar, con dos chimeneas bien altas, situadas una a babor y otra a estribor, que les daban un perfil inconfundible, distinto al de los barcos a ruedas que surcaron los ríos Uruguay, Paraná y de la Plata hasta época muy reciente.

Desde aquel tiempo hasta el presente, la ribera del río ha cambiado por completo. Antes los tranquilos pueblecitos recostados sobre la orilla se conmovían al arribo de un buque de vapor con pasajeros y mercadería, que marcaban un señalado acontecimiento en cada localidad. Otras veces era un buque de espectáculos —uno de los llamados "Showboats"— que atraía a todo el pueblo y animaba la placidez del gran curso de agua con la música de a bordo y los estrepitosos aplausos de los espectadores.

Hoy en día la ribera aparece festoneada por una fila de grandes fábricas y elevadores de cereales, usinas de energía, torres de petróleo y muelles y atracaderos a los que llegan embarcaciones fluviales de toda clase, incluídas las típicas barcazas modernas del Misisipí, a veces de tanta eslora como los mayores transatlánticos.

El gobierno federal preserva la navegabilidad del río mediante una continua labor de dragado y otras obras convenientes al efecto. También ha construído riberos, para contener las aguas, así como vertederas o canales de desagüe, en las zonas bajas del río, y represas en otros sitios, a fin de impedir las inundaciones determinadas por una corriente de agua tan propensa a las grandes crecientes.

Con motivo del repentino renacimiento de la navegación fluvial registrado en los últimos años, los principales puertos del Misisipí están poniendo otra vez su preferente atención en esta extraordinaria vía de agua que los vincula con otros puertos norteamericanos y con muchos países extranjeros. No olvidan que el río desempeñó papel fundamental en el desarrollo de aquellas ciudades desde que eran simples establecimientos de los pioneros hasta su nivel actual tipificado por la abundancia de rascacielos.

A partir del año 1812, en que se inició el servicio de buques en el Misisipí, los ricos productos del esfuerzo norteamericano de aquellos años —cueros y cereales, madera, artículos manufacturados y materias primas, especialmente algodón en balas— eran transportados aguas abajo en barcos tan cargados que a veces parecían a punto de zozobrar.

El Misisipí nace en el lago Itasca, que se encuentra en el estado de Minnesota, en el límite norteño del país, y corre a lo largo de 3,750 kilómetros hasta su desembocadura en el denominado Paso del Sudoeste, cerca de Nueva Orleans, en Luisiana, por donde llegan sus aguas al Golfo de México. La parte del río utilizada en la navegación comercial regular abarca 2 956 kilómetros, y va desde la ciudad de Minneápolis hasta el Golfo. Al Misisipí corren las aguas de treintaiún estados de la Unión a través de ríos y arroyos que le son tributarios.

Las ciudades vecinas de Minneápolis y Saint Paul crecieron en las orillas del río en Minnesota; Saint Louis, de Misurí, pasó, asomada a la enorme corriente, de ser un simple puesto avanzado del comercio de pieles a una notable urbe de un millón de habitantes. Estas ciudades, conjuntamente con la de Memphis, la más grande del estado de Tennessee, son los principales puertos del Misisipí, a los que hay que sumar también el gran puerto marítimo y fluvial de Nueva Orleans, en la desembocadura del río.

El crecimiento sustancial del tráfico en el Misisipí queda demostrado por el aumen-

Un moderno buque de empuje conduciendo quince barcazas cargadas.

to del número de toneladas transportadas, que pasó de 66.922.594 en el año 1950 a 94.041.765 en 1955. No se cuentan las cifras correspondientes a los numerosos afluentes que son también importantes y muy significativos del desenvolvimiento industrial de los Estados Unidos.

El petróleo y los productos químicos y agrícolas encabezan la lista de materias transportadas. Construídos especialmente para la industria del petróleo hay buques de gran potencia —provistos, dicho sea de paso, de aire acondicionado— que empujan (pues no las tiran, como el remolcador, sino que las empujan) barcazas petroleras capaces de llevar, cada una 3.179.400 litros de combustible, o sea 840,000 galones. Un buque de éstos puede mover varias barcazas a la vez, por lo que constituyen unidades de gran rendimiento. También se los emplea para el transporte de granos, habiendo algún buque de dicha clase empujado barcazas cargadas con 250,000 bushels, o sea 88.100 hectolitros, de cereales. O para el transporte de arena y grava, en el que un solo buque ha movilizado suficiente carga para llenar 165 vagones ferroviarios.

Automóviles, papel, cemento, aluminio, azúcar, melaza y abonos, han hecho del río un lazo entre la industria y la agricultura. El acero, el carbón y los productos forestales constituyen igualmente otros tantos productos conducidos en enormes cantidades.

Los elementos del transporte fluvial están siendo mejorados continuamente, y aunque surcan todavía las aguas algunos buques de ruedas de viejo tipo, la tendencia es hacia los remolcadores y buques de empuje con motores diesel, provistos de equipo tan moderno como el radar. Las grandes barcazas tienen una forma tal que ofrece poca resistencia a la corriente, y las de último modelo disponen de tanques para lastre que permiten a las que están cargadas a medias alcanzar la misma profundidad que las cargadas por completo.

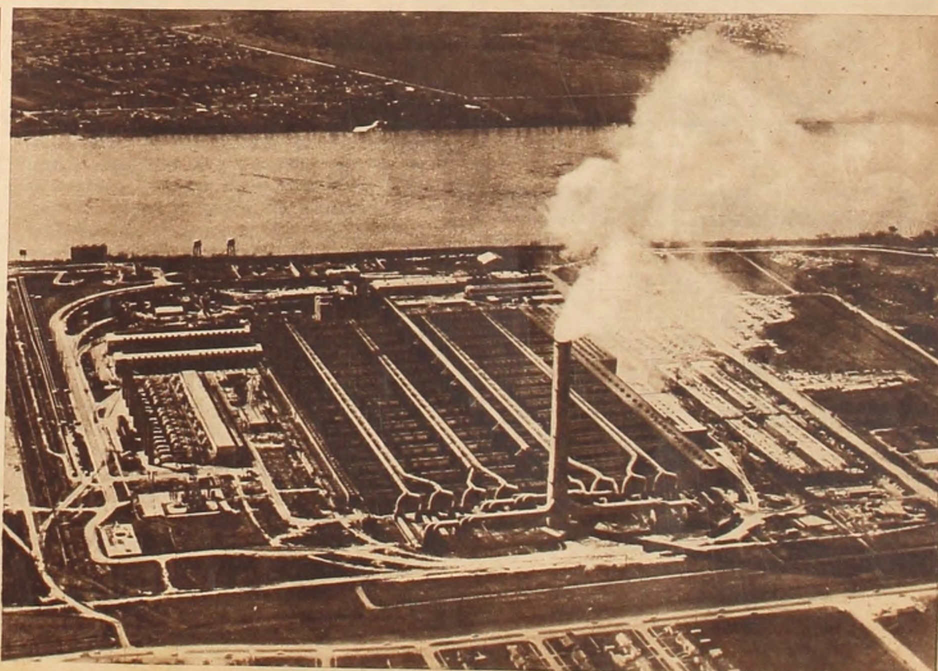
En los años recientes se han construído remolcadores o buques de empuje, para movilizar barcazas con automóviles y camiones, que tienen características muy peculiares. Estas unidades pueden llevar 600 vehículos en un solo embarque y son capaces de cargarlos o descargarlos en cinco horas.

Los hombres de negocios y los expertos en materia de navegación comercial predicen que el comercio y la prosperidad continuarán en el Misisipí y que, a medida que aumente la población de los Estados Unidos, el transporte por el gran río será cada vez mayor, por lo que su papel en el progreso nacional seguirá siendo tan fundamental como hasta el presente.

(Exclusivo para **EL DIA**).



El puerto de Nueva Orleáns al que llegan buques de todas partes del mundo.



Usina de aluminio en Chalmette, cerca de Nueva Orleáns.



DIBUJO DE SIFREDI

LA VIEJA ISABEL

SEÑAL inequívoca de que había habido trifulca regular en el rancho de González, era ver a doña Isabel coronando cerros en el tordillo viejo, sierra afuera. Trifulca universal; porque hasta los gatos ganaban el monte. El final era siempre un "mano a mano" con el viejo Patricio, que remataba ella con el lazazo de arranque del mancarrón a galope tendido.

Las chispas iniciales de aquellos incendios bárbaros, no solían pasar de menudencias insignificantes; cosas para hacer reír, antes que pelear: la renguera de un cuzco, los mocos de un gurí, un mate sin copete. Claro que atrás de todo eso, estaba la causa madre; que solía ser una carga de días, semanas y hasta meses de duración. Una carga de esas que no aguanta cualquier pecho. Como no aguantaba el de doña Isabel. Aunque aguantara el resto de la familia, que la mayor parte de las veces ni se "lomiaba". Gente de nervio duro, como ella decía; endurecido allí, "un poco a las obligadas y otro poco a la fuerza". Pero además, gente a la que la continua presencia de aquella mujer-pararrayos que era la vieja, había acostumbrado a vivir sin temor a la tormenta. Tuvo que temblar una vez el pararrayos, para que todos entrevieran el filo de la catástrofe. Una sola vez, pero buena.

No fue preciso mucho tiempo para que, por el efecto, todo el mundo de por allí estuviera al tanto de causas y demás pormenores de semejantes líos. El efecto era el tordillo con la vieja arriba. Un efecto pintoresco, que tres o cuatro veces por año se descolgaba por entre la cerrillada, dejando la estela de comentarios al pasar por los ranchos como un fantasma.

—Parece qu'en en lo e'Gonzale hubo desparramo...

—Tripas vacías o calostro en fija.

A veces las dos cosas. Pero en general, por la época se sabía el motivo de la cruzada de la vieja. De mediados a finales de invierno, era seguro que en el varal iban quedando los últimos huesos del último guacho, y en la troja el maíz de semilla, si quedaba. Sin embargo, era justamente en invierno cuando podía haber confusión. Porque más de una vez se juntaron las dos razones.

En verano no había dudas. Por seco que sea el verano, en la sierra nadie muere de hambre. A falta de frutos, da bichos, huevos, miel. Y el hombre es capaz de comer víboras; el gurí hasta insectos come. Por hambre no era que la vieja salía de su cueva. Por lo otro era. Y lo otro no solía ser sólo falta de víveres, sino a la vez, aumento de bocas. Más propiamente hablando, aumento de nietos. Y más propiamente todavía, "salida de cuidau" de una de las hijas. Una cualquiera de las cuatro. Porque las cuatro venían a tener los hijos allí. De donde estuvieran, venían. Así la colocación fuera en alguna estancia medio cerca del pueblo, lo mismo enderazaban para el rancho de los viejos, no bien se acercaba la fecha. Venían, tenían los hijos, se los entregaban a los abuelos como cosa propia y regresaban al conchabo. Era como una costumbre.

La vieja salía a buscar con qué vestir al gurí y con qué medio levantar el estado de la madre. Viaje de casi un día a la primera parada. Las relaciones de doña Isabel estaban lejos, fuera de la sierra. Desde luego, las relaciones que valían la pena.

—Yo me doy con los rico. De pelaus toy hast'aquí.

Se tocaba la nuez.

—Uta viej'alabanciosa!

Le contestó una vez Doroteo, el más pelado de los Cabrera. Quedó ella con la palabra.

—¿Y a usté quién le dice perro pa que ladre?

*

Mucho más que los hechos y circunstancias motivantes de aquella permanente situación de la casa, a doña Isabel la desesperaba la pasta del resto de sus habitantes. De sus habitantes racionales y mayores de edad; porque de bichos y gurises estaba hasta la boca, como buen rancho de pobre. Bichos de cuanta especie inservible anda por el mundo. Cuanto más inservible, mejor; desde el cuzco "garronero" a la cotorra "boca sucia". Gurises de todos los pelos; gurises color aperiá, barrigones de comer macachines y maíz asado, hijos de aquellas madres trashumantes, que los dejaban allí como huevos "guachos".

La pasta de aquellas madres y la del padre que tenían, era lo que no podía soportar la vieja. Una pasta que a ella le parecía tanto más espesa cuanto peor rodaran las cosas.

—Es com'un'acostumbración al relajo.

Al relajo o a lo que viniera. Tal como si detrás de los primeros desastres, sólo hubiese quedado un encallecimiento; o una cicatriz sobre roca, no sobre alma humana. No podía perdonarles a las hijas una caída tan abajo. Sin embargo, "fondiando" en sus cavilaciones, a veces creía hallar algo así como la raíz de una explicación. Pero esa raíz de explicación para lo de las hijas, era al mismo tiempo la raíz de la condena sin atenuantes para el viejo Patricio. Para él doña Isabel no hallaba explicación. Si alguna vez la halló, fue para tirarla lejos como algo que la quemase viva. Cuando alguien le recordaba la cantidad de primaveras que le habían pasado por el cuerpo al viejo, ella retrucaba:

—La vejez respeta la vergüenza.

Y cuando él se ponía a mascullar sus maldiciones contra el ferrocarril, la vieja le tapaba la boca con cuatro verdades.

—Andá, ferrocarril. El ferrocarril sirvió pa una cosa muy principal.

—Pa dejar a la gente abanando las manos.

—Y pa dividir el mundo en hombres y en flojos.

Lo dejaba pestañeando ligerito, entre los tizones.

Había que haber conocido aquel pedazo de hombre, en sus tiempos de hombre entero, para darse cuenta del cambio.

—Hombre y otro poco...

Haberlo conocido como lo conoció ella. Dueño y señor del camino, al costado de la carreta. Dueño y señor del mundo, que para eso bastaban entonces cuatro yuntas gordas y un mancarrón peludo. Lo otro venía solo. Como vino con aquella canaria soberbia que se le agregó a la carga en uno de los viajes. Y con la "hilera" de chancletas que le fue sacando en busca del machito que al fin no apareció. Y con aquel "lujo e'rancho", allá por Tupambaé, tal como se lo podía permitir un carrero de la época vieja. Había que haberlo visto cruzar por esos caminos, como un dios de soledades. Y llegar al pueblo curado de silencios; calado hasta el alma de tierra y agua, viento y soles, con el sombrero requintado y la picana como lanza, casi un héroe chiflando su victoria sobre las distancias medidas por semanas y meses.

—¡Cómo chiflaba aquel hombre!

A doña Isabel le parecía mentira que hubiese perdido eso —el chiflido— que es algo así como la muestra del hombre. Siempre decía:

—Dém'el chiflido y le digo el hombre.

Mala seña es que un hombre no chifle. Algo está perdiendo.

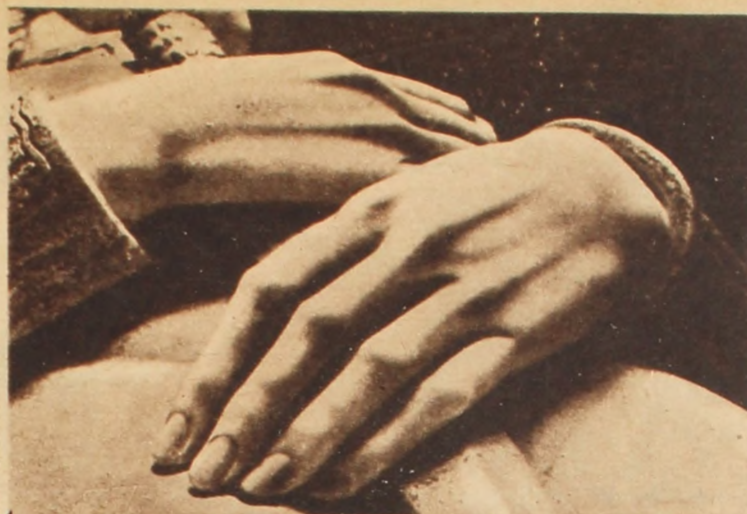
Había que haberlo visto llegar a la casa, pisando fuerte y gritando como un loco de contento; a las palmadas con hijas y mujer. Sentar las cuatro gurisas en las piernas y tenerlas los ratos perdidos amarradas a los desbarajustes de cuentos interminables del camino y de las noches. Sorprender a la mujer medio a las escondidas en un rincón cualquiera; hacerle sonar los huesos de un abrazo y largarla dolorida de besos y lagrimeando de cosas lindas. Ponerse después —sobre el sedoso remanso del día siguiente al de la llegada— a hacer planes sobre un tiempo que tenía que venir, según decía; un tiempo lleno de sol, de plata y de cuanta cosa parecida se puede imaginar. Todo, a la sombra grande de aquella vencedora de tiempos y distancias, en cuyas ruedas él confiaba todo cuanto puede confiar un hombre para sentirse fuerte. Había que haberlo visto irse agrandando de a poco sobre el hilo de semejantes planes. De a poco, hasta convertirse en un gigantón capaz de ponerle el hombro al cielo, si por estas casualidades al cielo le hubiese dado por venirse abajo.

*

Había que haberlo visto entonces y verlo ahora; hecho un perro viejo enterrado en la ceniza. Mirando pasar los días y las cosas sin otra señal de vida que aquellos "reniegos" feroces al ferrocarril. Fue todo lo que le quedó de la época gloriosa. Es decir,



El oyente de una conferencia está mentalmente fatigado. Sus manos, que sostienen la cabeza, indican que se obliga al cerebro a trabajar.



Estas manos en absoluto reposo, revelan sueño profundo o la quietud de la muerte.

EL LENGUAJE DE LAS MANOS

LA expresividad descriptiva de las manos revela los pensamientos y sentimientos del hombre. El movimiento de las manos precede frecuentemente a la palabra o la acompaña en manifestaciones tan necesarias, que gran parte de la vida del lenguaje depende del juego gráfico de manos y gestos. Con las manos se acaricia, se niega, se bendice, se jura, se rechaza y se expresa toda la gama de pasiones y se extravierten los más dispares conceptos.

En muchas circunstancias, para expresar ideas bastan las manos sin necesidad de proferir una sola palabra. El brazo extendido con el dedo índice en la misma posición indica expulsión o mandato; el índice en movimiento pendular expresa negación; la mano abierta apoyada en el pecho significa amor o viva emoción; con el brazo extendido y la mano abierta en posición perpendicular decimos: "deténgase"; un movimiento de la mano hacia adentro indica: "acérquese". Con el aplauso aprobamos, con dos o tres palmoteos llamamos; con la fricción de los dedos contra el pulgar expresamos impaciencia; con el índice en los labios pedimos silencio; con la palma de la mano hacia el suelo y leve movimiento vertical demandamos calma. El frotamiento de las palmas revela satisfacción; con el golpe de una mano cerrada en el hueco de la otra significamos que hemos errado en una iniciativa. Cuando estamos a punto de saborear una buena comida, frotamos la región estomacal con una mano, signo de la fruición que nos espera.

Recordemos que los sordo-mudos hablan fundamentalmente con los movimientos de las manos. En este lenguaje, las palabras son símbolos mediante signos; ambos elementos se fusionan para expresar la cosa significada comprensible solamente para quienes conocen la clave.

En el libro de Job se establece que el creador puso signos en las manos del hombre para que cada uno pudiese conocer sus obras. Data pues de milenios la preocupación por encontrar en las manos caracteres expresivos, y nació de ello la quiromancia o adivinación mediante las líneas y protuberancias que las manos presentan.

En las antiguas civilizaciones de egipcios, caldeos, asirios y hebreos se conocieron los secretos de la quiromancia. Los griegos dedicaron minucioso estudio a lo que revelaban las manos, como lo comprueba el hecho de que Aristóteles regalara a su discípulo Alejandro un tratado de las manos hallado en un altar de Hermes. En Roma no hubo menor fervor por la quiromancia; lo prueba el emperador Augusto que la ejerció con tal habilidad, que se cuenta que jamás se equivocó respecto de la psicología de los hombres cuyas manos había examinado.

En las viejas monarquías era símbolo de realeza una mano de marfil abierta y con los dedos elevados, colocada en el extremo de un bastón, símbolo de rectitud de la justicia.

La psiquiatría lee en las manos el temperamento de las personas: quienes se tapan frecuentemente la cara con las manos, oscilan entre la neurosis y la psicosis con complejo de timidez; el que tamborilea con los dedos es un nervioso impaciente; quien cierra una mano y la cubre con la otra es un emocional desconfiado, temeroso de agresividad. La forma de la mano denuncia las aptitudes de la persona, según sean grandes o chicas, gruesas o descarnadas, de forma tendiente a lo triangular o a lo cuadrangular. Los dedos largos o cortos, de dimensiones desproporcionadas o equilibradas, configuran también rasgos del carácter. Para el hombre de ciencia, las manos son un libro abierto donde se leen los signos psicológicos de las personas. Recuérdese el papel que tienen en medicina las llamadas manos hipocráticas.

La superstición antigua llamó "diestra" a la mano derecha, que significa de acción favorable, y a la izquierda "siniestra", que equivale a funesto o adverso. La absurda creencia perdura, pues consideramos ofensivo que para saludar se nos tienda la mano izquierda, o nos entreguen algo con esa mano. De estas consideraciones dimana la idea que todo lo que está a la derecha tiene más significación que lo que se encuentra a la izquierda. En el mundo social y diplomático se vigila con estrictez las posiciones de diestras y siniestras.

Los grandes artistas plásticos cuidan mucho la expresividad de las manos; díganlo si no la placidez de las manos en la falda de la Gioconda, el retorcimiento de las manos del Laocoonte, el papel púdico de las manos de la Venus de Botticelli y la vida que tienen las manos en cualquier figura del Greco.

Pequeñas son las manos, pero empuñan la espada de Judith, pulsan la lira de Orfeo, crean armonía en el teclado de Chopin, arrojan la piedra de David y escriben el Quijote.

Tan importante es la mano en la vida del idioma, que el Diccionario de la Academia registra casi un centenar de frases y refranes en que interviene el vocablo mano, para expresar muy variados y pintorescos matices del lenguaje figurado.

Alberto RUSCONI.

(Especial para EL DIA).



Un líder político expresa con sus manos ansias de dominio, espíritu de absorción y nervios muy tensos.

...o que le puso punto final. Lo que terminó con carreta, bueyes, rancho en el pueblo y planes. Lo que sólo respetó a la mujer, a sus cuatro hijas y un potrillito tordillo recién comprado. Y los pesos juntos, que se fueron como agua, en la olla y en las cuatro cuadras de piedra y tres de tierra que allí encontró, recostadas sobre la falda del cerro Batoví. Siete cuadras que nadie había querido ni de regalo, porque no servían ni para sembrar miseria. Allí pobló. Allí terminaron de criarse las cuatro hijas. Terminaron de ser gurisas; porque no habían llegado a los quince, cuando ya andaban desparramadas por las estancias. Enredada entre todo eso estaba aquella raíz de explicación que solía encontrar doña Isabel en el pozo de sus cavilaciones.

Hasta la primera desgracia, todavía don Patricio era hombre capaz de enfrentar la situación. Ya con aquel demonio del ferrocarril royéndole las entrañas; pero aún con aquella pujanza del carrero viejo, peleándola como un león. Tanto era así, que él se hizo cargo de todo. Hasta de la paliza a la escarriada.

Era una tarde ventosa de setiembre, cuando ella apareció "echando los bofes" por entre las chilcas. A pie, venía; lejos del cuerpo la barriga remarcada por el vestido de fulgurante. Los dos viejos hallaron fuerzas para recibirla como siempre. Dónde la hallaron, no supieron; pero hasta para besos y demás, la hallaron. Pasó una semana casi normal. Otra semana de apenas "buenos días" y "buenas tarde". Una tercera completamente muda. Viendo que la "cosa" no venía, la vieja lo "palabrió":

—Y no pensás untarl'el lomo?

—Untarle?!

—Si seguís esperando, el gurí te saldrá a recibir.

Casi lo sale a recibir. Por diferencia de unas horas la paliza no se juntó con el parto.

Fue esa la primera vez que doña Isabel ensilló el caballo tordillo para trasponer la sierra en busca de ayuda. Pero fue la última vez que todavía encontró algo del hombre que ella había conocido en el carrero viejo. De ahí para adelante, ella tuvo que ocupar el lugar vacío. Y él, que agarrase de la última cuerda que lo ataba a sus buenos tiempos de dueño y señor de los caminos. Que eran aquellos reproches como quejidos contra su vencedor el ferrocarril. A partir de ahí, todo se desplomó en el rancho. Todo, menos aquella vieja "tora". Fue como si las otras tres hijas hubiesen estado esperando el ejemplo de la primera, para seguirlo como una orden. Una tras otra, fueron siguiéndolo. Pero a partir de la segunda, fue la vieja quien tuvo que apechugar con paliza y demás obligaciones. Ni que decir, de aquella obligación de salir sobre el matungo tapado de bolsas vacías, para volver con él de tiro y tapado de bolsas llenas. Si en los demás se fue haciendo la costumbre al desastre, en ella se fue haciendo la de abrirle un permanente fuego.

Aumentaba hasta de a tres eslabones por año, la cadena de nietos.

—Y qu'eslaboncitos! Unos gurises purita boca!

Los inviernos son implacables en la sierra. La piedra sólo alberga cuervos. De la chilca no vive nada. Brama el viento contra los filos del roquedal. La helada mata de frío; la garúa y la cerrazón matan de tristeza.

Ya sobre las caídas del otoño, empezaba la sangre a agriársele a la vieja. De alta madrugada a bocas de noche, no se oía más que el pororó de su rezongo sobresaliendo al del viento. Mes tras mes aquello iba subiendo de tono. Un día explotaba. Siempre en pleno invierno, explotaba.

Del medio del entrevero, salía a buscar el tordillo, pedregal afuera. Entre el escándalo lo ensillaba. Le colocaba el bolserío encima, se encaraba con el viejo, le descargaba el penúltimo "chaparrón" y mientras él se ataʼaba, ella subía. Ya sentada, le soltaba el último; castigaba y salía a la disparada, en tanto el otro quedaba sacudiendo la cabeza, hecho una calamidad.

En el primer bajo doña Isabel "boleaba la pierna" y quedaba enhorquetada. Hasta la inmediata subida, donde se volvía a sentar. Así hasta la primera estación de la recorrida. Al primero que la recibiera, le dejaba la pauta.

—¿Cómo anda don Patricio, vieja?

—Ayá'stá aquel viejo ladiau.

Contaba la historia completa. Más allá, todo se repetía. Hasta que llenaba todas las bolsas. Volvía a pie, con el mancarrón de la rienda. Parecía un turco con semejantes cargas.

*

Una vez la cruzada "de vacío" de doña Isabel desconcertó al vecindario. Desconcertó por una serie de detalles. Entre ellos, la época primaveral, la ausencia de novedades en cuestión de parto, y otros. Pero especialmente, desconcertó por la hora de la madrugada y por la aflicción de la vieja, según los que la reconocieron. Bañado en sudor el matungo había pasado como una luz mala por entre las abras.

La difteria negra se había descolgado como un ave de rapiña sobre el rancho de González. Cuando ella se dio cuenta, ya era el tendal de gurisitos. Pero el horror no era cosa que paralizara a Dª Isabel. Le dio algunas instrucciones al viejo y salió a media rienda. A buscar remedios y a pedir que avisaran a las madres. Y buscar remedios era como buscar oro en la sierra y sus alrededores. Cuando volvió, aquello era el desastre. Y lo único que traía para enfrentar el desastre, eran las indicaciones de un curandero viejo. Más con las indicaciones propias que con las ajenas, consiguió salvar la mitad de los nietos. La otra mitad fue a parar a una ladera del Batoví. Brillaban con el sol los cajoncitos de tabla verde, amarrados a los gajos de un canelón.

Cuando llegaron las madres, ya estaba todo hecho. Recién cuando las vio a todas juntas, la vieja se dejó caer. Caer a lo largo, como un árbol de siglos, minado hasta el cerno. La volteó la peste; la levantó a los dos meses largos, el cerno invencible de que estaba hecha la carnadura de aquella vieja "tora". Eso sí, le quedó el delirio de la fiebre brutal. Le quedó para siempre. Le quedó tal vez como una compensación por aquellos años bárbaros. Como un descanso de poco tiempo, por tanto tiempo de cansancio.

Deliraba doña Isabel con una carreta gigantesca, tirada por más de cien yuntas de bueyes. Sus ruedas, del alto de las nubes, iban emparejando con su peso irresistible, aquel suelo desparejo de la sierra. A veces se la veía haciendo señas de silencio para escuchar; escuchar —decía— el chillido de las cosas feas de allá abajo que aquellas ruedas iban aplastando. Otras veces llamaba a todos los de la casa. Cuando estaban todos, les señalaba con el dedo hacia los paredones de la quebrada, para mostrarles aquel viejo "machazo" que le tranqueaba al costado a la de las ruedas hasta las nubes. Un viejo montado sobre animal tordillo, con el sombrero requintado y la picana como lanza, chiflando "com'un contento". ¡Cómo chiflaría aquel hombre, que con oírlo no más doña Isabel sabía que se trataba del viejo Patricio González!

Julio C. DA ROSA.

(Especial para EL DIA).

ES indudable que el estudio detallado, no sólo de las formas musicales, sino también de los procedimientos de contenido, nos presenta una serie de experiencias cada vez más complejas en la medida que aspiramos a un dominio especializado de cada una de estas partes diversificadas en el extenso y al parecer infinito campo de la música. Se trata de elementos de conocimiento e investigación, inagotables en sus respectivas trayectorias, y que imponen una veneración hacia la inventiva con que los seres humanos construyen y afirman valores eternos y espirituales.

Creemos, sin embargo, que en tal suerte de erudición, ninguna otra reúna aspectos



Al compás de la típica caja, los cantadores entonan los melódicos aires de la Provincia de Tucumán.

CANCIONEROS POPULARES

más variados —en virtud de los múltiples aportes colectivos y nacionales— que aquellos que nos deparan las sencillas formas que constituyen los *cancioneros*.

Si en lo que se refiere a las grandes formas, pocos son los países que pueden enorgullecerse de acervos significativos, en lo que atañe a las canciones, se verifica que cada pueblo o región nos brindan elementos de verdadero interés, derivados, sin duda, de la extraordinaria posibilidad de difusión y asimilación que implica, en sí misma, la generalización de la simplicidad o sencillez.

Todas estas pequeñas formas han penetrado en la música culta, y de este modo casi todos los grandes compositores, reúnen en sus páginas mejores y más inspiradas, "recitativos", "arias", cavatinas", "baladas", "romanzas", "odas", "cantatas", "madrigales", "canzonas", "lai" y "virelai", "frottola", "noels", etc., etc.

Muchas de estas formas han desempeñado importante papel tanto en el llamado lenguaje operístico como en lo que se considera lenguaje sinfónico. Así, la "canción de cuna", con toda su simplicidad, natural monotonía, nos conmueve en la "Berceuse de l'Oiseau de feu" de Stravinsky. El todavía más simple "ranz des vaches" ligeramente modificado de región a región, han dado lugar a que Beethoven escribiera una serie de variaciones sobre su tema, siendo también muy conocido el "ranz" en clarinete, con que comienza el tiempo final de su Sexta Sinfonía, denominada "Pastoral".

Otro tanto puede decirse a propósito del "madrigal", género de poesía idílica o pastoral, popularizada en Italia en el siglo XIV y que da lugar a la forma más depurada, utilizada por los músicos renacentistas de toda Europa. Guillaume Dufay compuso sus "Madrigaux" con las Vergini de Petrarca, y el genial Palestrina nos ha dejado entre sus páginas más bellas e inspiradas, un gran número de "madrigales". Lo mismo se puede decir de Monteverdi, con sus famosos "madrigales concertados", con acompañamiento orquestal, origen quizá de la forma más amplia denominada "cantata".

Un extenso capítulo, hasta un tomo entero, se podría escribir igualmente sobre la "balada", que ya en la edad media, constituyera la forma ideal de los trovadores, y que en el siglo XVI, fuera utilizada por Guillaume de Machaut en sus famosas "chansons baladées".

El romanticismo, principalmente en Alemania, ha otorgado a esta forma características de poema legendario o fantástico. "El Rey de los Alisos" de Schubert tiene su origen en esta derivación de la "balada", siendo igualmente conocidísima la denominada "Balada del Rey de Tule" del Fausto.

También el estilo instrumental ha utilizado esta denominación, para formas libres, subjetivas y descriptivas. Es el caso de las cuatro Baladas de Chopin, de las (también cuatro) Baladas de Bramhs, y otras que compuso Gabriel Fauré, entre las cuales debemos mencionar especialmente la Balada para Orquesta.

En lo que se refiere a estas influencias, creemos sea siempre indispensable que se reivindique el derecho a investigar, mediante argumentos internos, acerca de la sucesión en el tiempo de las tesis o de las tendencias, a fin de establecer una génesis en el interior de cada sistema y también sobre el período presistemático. Será así posible evitar que se mezcle lo antiguo con lo nuevo, y que bajo el pretexto de una tradición continua, se coloquen en un mismo nivel las grandes obras creadoras y los tratados didácticos, los resúmenes o las refundiciones, las cuales, pese a contar con el patronazgo de grandes nombres, no son más que un mero reflejo, a veces arbitrario, de los grandes ciclos creadores.

Los *cancioneros*, en toda su simplicidad, mantienen a través del tiempo, virtudes de génesis, y si fuéramos a buscar ejemplos definitivos, señalaríamos entre muchos otros, que la "romanza", canción medioeval que une varias coplas a un permanente refrán corto, inspiró a Haydn la Sinfonía denominada "La Reina", y a Mozart uno de los temas de su famoso "Concierto en re menor para violín y orquesta".

Estas consecuencias o derivaciones deben inducir a todos los interesados en la difusión del sentido musical, hacia una atención más detenida de todos los cancioneros, y en especial modo, de aquellos que responden a idiosincrasias regionales y nacionales.

Se trata de un material que en el aspecto didáctico no ofrece las dificultades de asimilación o percepción, con las cuales muchas veces tropieza la juventud que desea mos atraer hacia las expresiones más puras del arte musical.

Es indispensable establecer entre estos seres y el mundo del arte, una relación concreta, interna, viviente, mediante la cual pueda germinar la noción de lo que ha sido verdaderamente adquirido, siendo indudable que éste sería un objetivo que actuaría en provecho de valores juzgados superiores, y también de la comprensión futura de obras mayores.

La música y la poesía exigen que uno se transporte al mundo mismo donde éstas viven, y los términos de esta identidad o participación pertenecen más al orden de los sentimientos que a aquellos otros que se fundan en las concepciones abstractas.

Estos *cancioneros populares* poseen además, a modo de salvaguardia de muy antiguos mensajes expresivos, existencia substancial, cuyo arraigo en la historia del alma colectiva, merced de una mágica cadena de actualizaciones, convierte lo más remoto, en presencia que se ama. Son, por excelencia, enlaces que unen a nuestros fugitivos momentos, tantos otros al parecer ya ignorados, en este misterioso antaño de todos los cánticos.

Alberto SORIANO.

(Especial para EL DIA).



Cruz Roja Juvenil, de la Escuela de 2º Grado Nº 9, "Martín José Artigas", de Cardona, Depto. de Soriano, que enviaron prendas a los niños argentinos. Su directora es la señora Graciela Fernández.

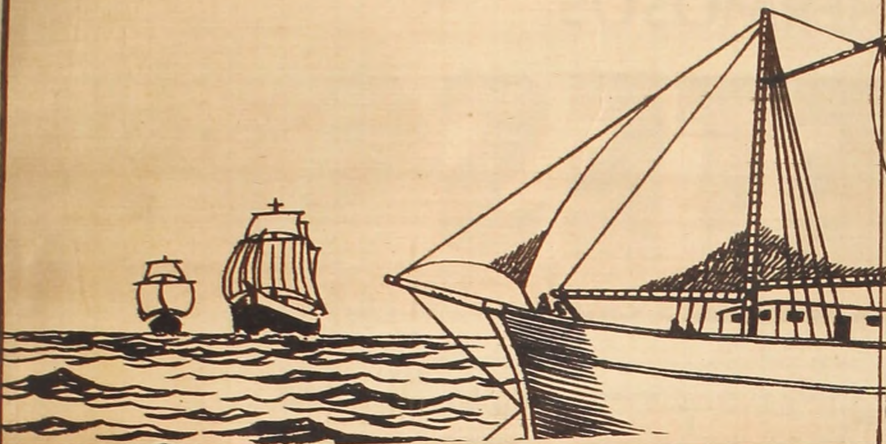
Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

MIENTRAS NAVEGABAN EN SU BARCO EQUIPADO CON UN ESPOLÓN SUMERGIDO, TARZÁN Y BRUCE BROWN FUERON ALCANZADOS POR DOS BARCOS PIRATAS.

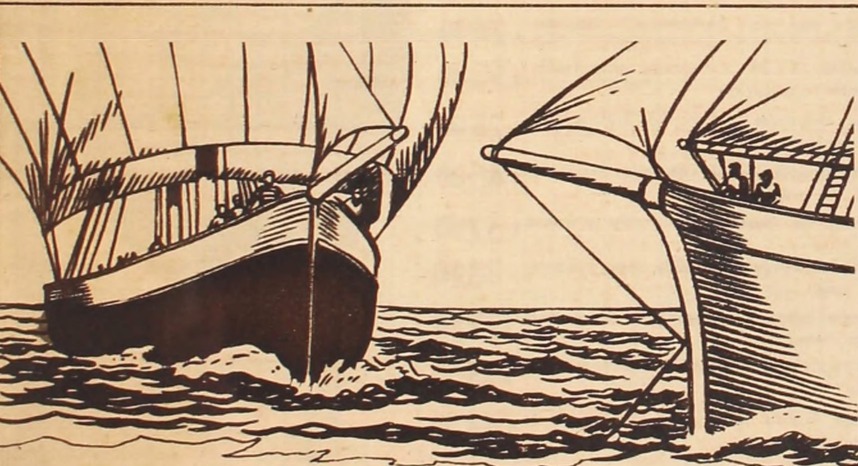
















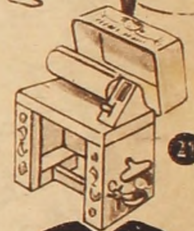
MARAVILLOSA SELECCION DE HERMOSOS

JUGUETES

que presentan nuestras 3 casas

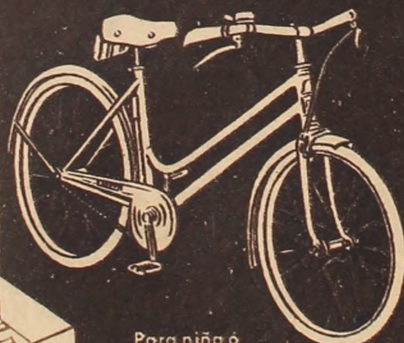






1 - Trompos musicales en diversos modelos y tamaños, desde	$ 16.00
2 - Lujoso modelo Super Eight, con fricción	$ 38.00
3 - Repartidor de encomiendas con pila, al chocar cambia de dirección	$ 40.00
4 - Juego de té en loza, hermosos diseños y colores	$ 16.50
5 - Escopeta de aire comprimido, tamaño grande $ 36.00 y	$ 32.00
6 - Aviones de metal en gran variedad de tamaños, desde	$ 4.80
7 - Piano de cola de excelente calidad y varios tonos	$ 22.00
8 - Original cow-boy en carro con cebra que da vueltas	$ 16.00
9 - Exacta reproducción de violines auténticos, $ 8.50 y	$ 7.50
10 - Revólver de cow-boy con estampido y espirales de humo	$ 13.50
11 - Novedoso gorila a pila con control de movimientos y ojos luminosos	$ 38.00
12 - Omnibus de medida amplia, con pila y marcha atrás	$ 42.50
13 - Tanque con dirección automática, luz roja y pila	$ 32.50
14 - Ferrocarril con vías, carbonera y vagones	$ 24.00
15 - Cuadrimotor K.L.M. a fricción, gran tamaño y excelente terminación	$ 55.00
16 - Perfecta imitación del coche Volkswagen, con pila y cambios	$ 25.00
17 - Moderno camión radar con pila, recepciona imágines de aviones	$ 45.00
18 - Repartidor de helados, con pila y freno	$ 32.00
19 - Bebé de celuloide irrompible marca Tortuga, alto 41 cmts.	$ 38.00
20 - Lavadora automática con cuerda y movimiento de paletas	$ 12.50
21 - Planchadora automática "Ironer" con freno en el rodillo	$ 13.50
22 - Muñecas Farina irrompibles, variedad de vestidos, alto 40 cmts.	$ 44.50

BICICLETAS ITALIANAS



Para niña ó varón, varios tamaños desde $ 220.00

BICICLETAS, TRICICLOS, AUTOS, CAMIONES, AVIONES, MUÑECAS, COCHES Y CAMAS PARA MUÑECAS, COCINAS, JUEGOS DE TE, Y UNA EXTRAORDINARIA VARIEDAD DE JUGUETES IMPORTADOS Y NACIONALES.

CLIENTES DEL INTERIOR: Dirijan vuestros pedidos a nuestra CASA MATRIZ - Av. Agraciada y M. Sosa.

SAETA T.V. Vea todas las noches excepto domingos a las 22 horas, EL NOTICIERO DE LAS 3 AVENIDAS.



CAPURRO & Co.

SUCURSAL GOES AV. GRAL. FLORES 2341 esq. M. Berthelot - Tel. 2 42 00 - 2 43 00 - 2 44 00

CASA MATRIZ AV. AGRACIADA 2302 esq. Marcelino Sosa - Tel. 20 09 61

SUCURSAL CORDON AV. 18 DE JULIO 1601 esq. Carlos Roxlo - Tel. 40 41 11